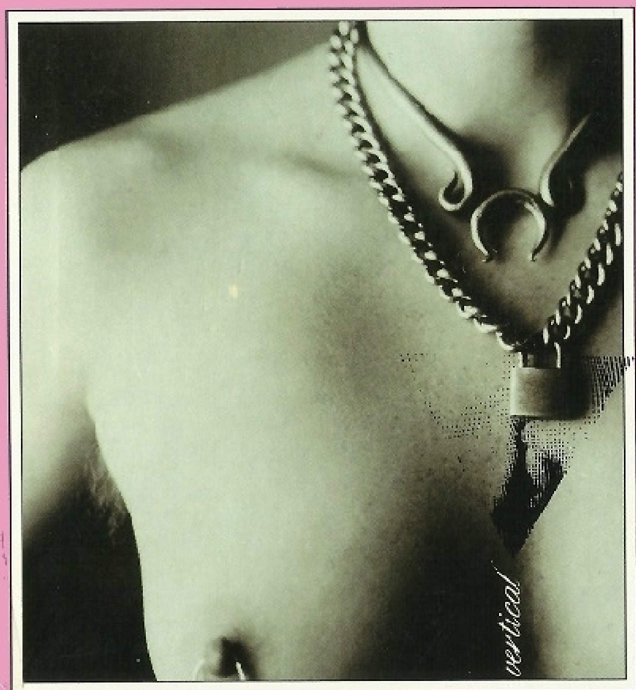
Vanessa Duriès

La atadura



La sonrisa vertical



Vanessa, estudiante de letras, siente una atracción irresistible hacia Pierre, un hombre maduro que la introduce en el mundo de la dominación. Con una sinceridad rayana en el candor, «Laïka», nombre que adopta después de su iniciación, nos conduce primero por las sombras de la infancia, marcada por humillantes castigos, antes de relatarnos las primeras prácticas sadomasoquistas.

De ese modo, Vanesa Duriès nos adentra, en el vínculo que ata a la sumisa a su Amo, una atadura basada en la confianza y en el absoluto respeto a los límites establecidos de común acuerdo.



Vanessa Duriès

La atadura

La sonrisa vertical 118

ePub r1.1
ugesan64 29.11.14

Título original: *Le lien*
Vanessa Duriès, 2000
Traducción: Mercedes Abad

Editor digital: ugesan64
Corrección de erratas: Readman
ePub base r1.2



A los nueve años, yo era una chiquilla bastante traviesa. El pelo ya se me había oscurecido y tenía perfil de musaraña. No me encontraba especialmente bonita, pero en el curso de las reuniones familiares a veces escuchaba las conversaciones de los adultos y sorprendía ciertos elogios que se referían a mí. Nunca fui más desobediente que mis hermanas o que mi hermano, ni recuerdo haber sido una niña más difícil que otras. A pesar de todo, y sin que jamás llegara a comprender por qué, mi padre me decía a menudo que era una desvergonzada o una guarra. Y aunque no era especialmente descarada, se ensañaba conmigo como si yo hubiera cometido las peores faltas. No tenía la menor noción de lo que era el pecado, y durante mucho tiempo me estrujé la imaginación tratando de entender qué diferencia podía existir entre una chiquilla normal y corriente, como mis compañeras de clase o mis hermanas, y la sinvergüenza que decían que era yo.

El primer recuerdo de los castigos que me infligía mi padre se remonta precisamente a esa época. Debí de hacer alguna tontería, y él me ató de pies y manos en el pasillo de la espléndida casa en que vivíamos. Esa misma noche recibí una severa tunda. Ese castigo marcó hasta tal punto mi cuerpo y mi memoria que todavía hoy sigo recordando esos primeros golpes, ese primer terror, mi primer y auténtico sufrimiento de víctima inocente…

Mi padre adoptó la costumbre de pegarme en cuanto cometía la menor falta o me mostraba insolente. Armado con uno de sus inquietantes zapatos negros, que siempre estaban relucientes e impecables, y con el cinturón marrón de piel de cocodrilo que mis hermanas y yo le habíamos regalado, no recuerdo ya si para el día del Padre o

para Navidad, me asestaba violentos golpes, y con tal puntería que siempre alcanzaban las partes más sensibles de mi cuerpo.

Cuando mi padre estaba de pésimo humor, me ataba y me encerraba en un armario oscuro cuya exigüidad me daba terror. Sus enormes y poderosas manos me azotaban el rostro demacrado, que de inmediato se ponía tan rojo como la señal de socorro que izan los barcos que van a naufragar. Huelga decir que, las primeras veces, estos castigos injustos me humillaron profundamente. Pero, de manera inexplicable, cuanto más se repetían, tanto mayor era el extraño sentimiento que me embargaba, un sentimiento que primero me inquietó, luego me asqueó y acabó por desestabilizarme con respecto a mi padre, a quien no conseguía odiar. Hoy creo saber que en aquella época ya sentía el orgullo que experimenta quien recibe las sevicias infligidas por un ser amado, cuando cada golpe recibido puede interpretarse como una señal de interés, incluso de amor, por parte del otro. De lo contrario, ¿por qué iban el padre o el amo a castigar, a azotar a su vástago, a su esclava?

Por supuesto, aún lo ignoraba todo acerca de los placeres contradictorios que quien golpea puede proporcionar a quien recibe los golpes, pues por entonces no era más que una chiquilla asustada. Pero me oponía ya con todas mis fuerzas a aquello a lo que me predisponía mi condición femenina: convertirme en la víctima de un hombre.

Si me resigné a mi suerte fue porque elegí esta con absoluta libertad. Mi naturaleza dista mucho de ser la de una guerrera, y no sé oponer crueldad a la violencia, así que, para dominar a quienes me utilizaban, tuve que convertir la ofrenda de mi sometimiento en algo místico y ambiguo.

Así es como viven las esclavas: son las únicas que guardan las llaves de los oscuros y húmedos sótanos donde las fantasías eróticas de sus amos las elevan al rango de divinidades.

1
La revelación

Aunque no soy sentimental, quiero a mi Amo y no lo oculto. No podría ser más inteligente, encantador y severo. Es cierto que, como todo amo que se respete, a veces se muestra demasiado exigente, y también que me aflige e irrita cuando me lleva hasta los límites de mi resistencia física y moral.

Mi Amo, como hombre apasionado que es, vive entregado a su pasión: el sadomasoquismo. Esta filosofía, pues de eso se trata, representa a sus ojos una forma de vida ideal. Yo me opongo a ella con firmeza, pues creo que no se puede ni se debe ser sadomasoquista las veinticuatro horas del día. Las grandezas y las servidumbres de la vida cotidiana no casan bien con las fantasías, y para proteger a unas ya otras es necesario disociarlas. Cuando el amo y la esclava viven juntos, deben ser lo bastante sabios como para alternar el dolor con momentos gratos, los deleites con los suplicios, pues en materia de sadomasoquismo, cualquier trivialización resulta insufrible. De ahí que a veces sea primordial darse un respiro.

Mi Amo es un hombre experimentado. Por el contrario, yo soy una joven esclava de veinte años, iniciada hace tan sólo unos meses. A decir verdad, a veces la experiencia de que hace gala mi Amo me desalienta. Es como si yo, inconscientemente, le reprochara que hubiera evolucionado sin mí durante más de trece años en la práctica de este arte tan cerebral.

Yo soy masoquista, y mi Amo es, a su vez, un

sádico puro cuyos conocimientos en el ámbito de lo que con excesiva frecuencia se denomina hoy el «SM» o «sadomaso» me tienen por completo subyugada.

Mi Amo puede conseguir de mí cuanto se le antoje. Puede forzarme y hacer realidad todo lo que desea, incluso aquello que no se atreve siquiera a confesar. A mí me ampara y sostiene la confianza que tengo en él, y esa ciega confianza me impulsa a dejar que me cubran los ojos con una venda o una máscara de cuero para someterme a ciegas a ciertas pruebas en lugares y con personas que sólo él conoce.

La confianza que une al amo y a su esclava es fundamental; es una confianza que condiciona y autoriza todos los excesos, y con ellos todas las dichas.

Porque lo amo y sé que él me ama, tengo la certeza de que este amor no nos extraviará por peligrosos caminos sin retorno. Esta experiencia es la que he querido relatar en este libro y para ello cuento, por supuesto, con la aprobación y el aliento de mi Amo. Él ve en esta confesión una nueva prueba que debo superar para hacerme digna del título y del rango que ocupo junto a él.

Tuve la revelación al entrar por primera vez en el apartamento de aquel que iba a convertirse en mi Amo y mi amor. Yo, por lo general tan asustadiza, no experimenté miedo alguno al descubrir las disciplinas que colgaban de las vigas y las fotos abiertamente expuestas en la cómoda de sicomoro, toda una provocación que parecía destinada a desafiar a la joven inocente, virgen e ingenua que todavía era yo.

Pierre se mostraba atento conmigo y hacía gala de una cortesía que yo jamás había visto en los muchachos de mi edad que me habían rondado hasta entonces. Era un hombre que inspiraba

confianza, un hombre cuyo éxito y cuya posición social constituían la mejor garantía de seguridad que entonces podía concebir.

Muy impresionada, miraba todos aquellos objetos iniciáticos cuyo uso en su mayoría ignoraba pero de los que no podía apartar los ojos. De repente, mi imaginación me condujo a un universo que me inspiraba una vaga inquietud pese a que aún no había captado del todo sus sutilezas. Era como si aquellos nobles accesorios de cuero, acero o látex pudieran hablar. Evocaban de manera extraña mi más remota infancia y suscitaban la misma angustia, el mismo miedo delicioso que, de niña, experimentaba al volver a casa, donde tal vez me aguardaba algún castigo. Me embargó una mezcla de curiosidad y de desamparo. Lo inesperado es un arma de seducción y, desde luego, no era una casualidad que Pierre quisiera mostrarme sus objetos rituales. Él sabía que, si huyo de algo es de la trivialidad. Todo lo que se sale de lo ordinario reclama mi mirada, me llama la atención y me atrae de forma irresistible.

Cuando se ignoran sus peligros y sus deleites, los accesorios de dominación pueden parecer de un gusto dudoso. ¿Cómo era posible? ¿Que un hombre tan distinguido, de aspecto tan clásico, se atreviera a decorar con objetos de tortura el lugar donde vivía? La exposición de aquel material casi quirúrgico —pinzas, espéculos, anillos…— podría haberme aterrado incitándome a huir de aquel maníaco sexual. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario: todo ese despliegue me tranquilizó por su sinceridad, una sinceridad que, al mismo tiempo, me turbó profundamente.

Pierre se comportaba tal y como era en realidad: se dirigió a mí de manera sincera, directa, sin rodeos, sobre todo sin mentiras, y el

instinto me movió a confiar en él. Soy consciente de que puedo dar la impresión de haber cedido a la curiosidad. Pero algo en mí me impulsaba a conocer más a fondo a aquel hombre y a confiarle mi alma. De hecho, sentía que había caminado demasiado tiempo sola en oscuridad, y la certeza de haber encontrado por fin a mi guía me proporcionaba un verdadero alivio.

En determinado momento, me vi refleja en un espejo que ocupa una pared de la habitación. Frente a mí tenía a una joven de veinte años de oscuros cabellos ensortijados, ojos negros de mirada intensa y labios abultados como los de un bebé. Contemplé mi cuerpo como si fuera el de una rival: las nalgas respingonas, aunque demasiado anchas, el torso delgado pero, con los pechos redondos y pesados, y unos pezones que se alzan siempre hacia el cielo, como si le implorasen. ¿Qué podía retener en semejante lugar y en compañía de semejante personaje a esta universitaria pija?

A pesar del cuero, del acero y del látex, esa noche me quedé con él, en la casa que ya no había de abandonar, pues desde entonces me convertí en la solícita compañera de mi Amo. La verdad es que, si me atrae la aventura y busco lo inesperado, es porque me encanta ponerme en situaciones que me den miedo. Supongo que eso lo explica todo. El juego de las situaciones insólitas me excita y me seduce, y el peligro, o lo que yo imagino de él, me embriaga, me transporta, me sume en un estado distinto al habitual, un estado en el que todo mi ser se siente autorizado a desdoblarse, al tiempo que olvido las coacciones que son fruto de una educación demasiado represiva. Digamos que, en esos momentos, soy yo sin ser yo. Para ser sincera, creo que esa especie de esquizofrenia me permite liberar ciertas pulsiones reprimidas. Y el doble

juego desculpabiliza.

Soy una persona reservada. Mis amigas saben que soy tímida e insegura pese a lo mucho que me atraen ciertas aventuras. Hasta que conocí a Pierre, me costaba imaginarme en situaciones que se me antojaban escabrosas, y, por ejemplo, jamás me habría atrevido a hacer de prostituta. Me habría negado a ello arguyendo que ese papel no casaba del todo con mis fantasías. Pero mis experiencias con Pierre me han enseñado que, si bien era incapaz de convertirme en una buena y auténtica puta, aceptaba gustosamente interpretar ese papel para que mi amante gozara. Verlo enorgullecerse de mi sumisión me procuraba una exaltación rayana en el placer físico. ¿Se trataba únicamente de experimentar la satisfacción del hombre amado? ¿O es que el hecho mismo de entregarme sin condiciones a un tabú social para transgredirlo, con la coartada de gustar a mi amante y de estar cumpliendo una orden suya, me procuraba sensaciones inauditas? ¿Era la humillación que sentía al verme tratada como una putita lo que me proporcionaba ese placer? ¿O era la maravillosa posibilidad de evadirme a un universo en el que jamás me habría atrevido a adentrarme sola, sin Él?

He aprendido a gritar bien alto que soy una puta y una perra cuando un perfecto desconocido me posee delante de mi Amo. Proclamo entonces que soy una zorra, y no cabe duda de que lo soy cuando realmente me apetece. Actuar en armonía con mi instinto de hembra me proporciona un placer infinito, sobre todo cuando sé que mi Amo está atento a la menor caricia y a la menor humillación que me infligen los hombres a quienes me obliga a entregarme.

Una de las mayores dichas de la vida estriba en poder acabar con los tabúes que anidan en nuestro

interior. No conozco nada más enriquecedor para el conocimiento de uno mismo que alcanzar ese objetivo.

2
Las reglas del juego

La relación de poder que se establece en el amo y su esclavo es sutil y delicada. Por eso es necesario que los esclavos sepan indicar a sus amos los límites que no deben franquearse. La autoridad absoluta se funda en un complejo juego de equilibrios, y el menor paso en falso rompe la armonía y hace que la consideración que sentían el uno por el otro se resquebraje. Todo ser humano tiene sus límites, y el esclavo no es una excepción. Ningún amo debe transgredir los límites morales o físicos aceptados por el esclavo o la esclava. Y cualquier quebrantamiento de esta regla puede ser mortal.

De ahí que sea tan extremadamente difícil el papel que interpreta el amo, pues este debe adaptarse a la personalidad y a la capacidad de obediencia y de resistencia de cada esclavo. Ni el uno ni el otro deben jamás defraudar. El esclavo tiene que conceder al amo los privilegios de su función; ha de proporcionarle el placer embriagador de dominar a un ser receptivo, sumiso, pero que de vez en cuando sepa dar pruebas de cierta independencia, sepa desobedecer con discernimiento, ya que el consiguiente castigo será fuente de placer para ambos. El arte de desobedecer implica un perfecto conocimiento de los deseos del amo, y eso sin hablar de amor, pues es esta una palabra que nadie menciona en el curso de la contienda.

El juego sólo surge cuando se da esta excepcional relación de fuerzas. Someterse,

desobedecer y sufrir el castigo correspondiente constituyen las delicadas alternancias a las que por nada del mundo querría sustraerme. Y la tensión nunca debe dejar de aumentar. El papel del esclavo estriba en entregarse siempre de un modo absoluto, sea quien sea la persona encargada de someterlo y cualesquiera que sean las prácticas. La resistencia a las humillaciones, a las coacciones y al dolor centuplica la intensidad y el aspecto mental del combate. Entonces el cuerpo puede alcanzar la plenitud, entregarse sin reservas y gozar del éxtasis, del placer exacerbado por los ritos a menudo inesperados, guiado siempre por el espíritu de abnegado sacrificio de sí mismo, de sometimiento al otro y de sufrimiento. Es precisamente esa presencia de lo desconocido lo que más me fascina a mí y a cualquier esclavo, de ahí que, en las relaciones sadomasoquistas, el ingenio del amo deba renovarse sin cesar para salir airoso de todas las pruebas. Resulta muy excitante ignorar lo que sucederá en el curso de una sesión y no poder predecir las sorpresas que el amo nos tiene reservadas. Añadiré que puede darse el caso de que una esclava cedida por su amo se revele más receptiva con otro amo que con el suyo propio. De la misma manera que el contacto con determinada piel es capaz de electrizarnos mientras que otro nos deja indiferentes, existen amos privilegiados que logran alcanzar una profunda comunión con su esclavo, en tanto que otros amos siguen siendo obstinadamente extraños, insignificantes y artificiales.

Mi gran dicha estriba en haber encontrado a un Amo a mi medida, que espera precisamente aquello que yo puedo darle y que me da todo cuanto estoy en mi derecho de esperar.

Si el papel del amo exige una creatividad fuera

de lo común, pues ha de variar las exigencias, el esclavo debe dar muestras de una gran resistencia física. La intensa presión que mi amo ejerce sobre mí me lleva a veces a poner en tela de juicio mi personalidad y a hacerme preguntas con respecto a mí misma. Muy a menudo me pregunto, presa de la duda: ¿estaré a la altura de sus exigencias? ¿Alcanzaré un grado de perfección que permita sublimar nuestras peligrosas relaciones?

Para mí es fundamental poder entregarme sin reservas, sin esperar nada a cambio salvo la recompensa de hacerme acreedora al rango y al título de esclava elegida entre todas las esclavas. Me entrego de ese modo para no arrepentirme de nada, para no suscitar queja alguna, para ofrecer la mejor imagen de mí misma o, sencillamente, tal vez sea por una cuestión de orgullo y de amor propio. Aun cuando la humillación es indisociable del placer que obtiene el esclavo, este es por definición muy sensible al modo en que lo tratan. Yo misma soy en extremo sensible a la opinión que mi Amo pueda tener de mí. El temor a decepcionarle si me niego a hacer algo me impulsa a veces a arrastrar ciertas pruebas que, si bien me revuelven las tripas, demuestran que le pertenezco. Ofrecer esta dicha (aceptarlo todo de él, ciegamente) al hombre a quien amo es para mí más importante, y me enardece más, que hacer realidad mis fantasías masoquistas. Mi Amo, que lo sabe, tiende a veces a abusar de la situación de dependencia engendrada por el amor que siento por él, y me fuerza a aceptar todas las humillaciones y las pruebas que me impone.

Cuando a lo largo de sesiones muy duras me empuja hasta el paroxismo del agotamiento y del dolor físico, llevándome al borde de la ruptura psicológica, me basta con mirarle para constatar su placer y centuplicar mis fuerzas. Hay algo muy

obvio que quienes no han sido iniciados en este universo marginal y mágico ignoran: el amo nunca es quien la gente cree que es. El amo se halla en una situación de absoluta dependencia con respecto a su esclavo. No existiría ni tendría justificación alguna si no fuera por el esclavo. En realidad, el amo es el esclavo del esclavo, pues depende de que este acepte someterse a las sevicias que lo excitan. Cuando uno llega a comprender esta realidad paradójica, ya no tiene por qué avergonzarse de ser esclavo. Al contrario: debido al sutil juego de las relaciones de dependencia, el esclavo puede ser quien ostente el auténtico poder en la relación sadomasoquista.

3
Una noche de estreno

Pierre sólo me había dicho que iríamos a Burdeos, a casa de una pareja mayor que nosotros. Esta primera experiencia de iniciación en el sadomasoquismo tendría lugar en un sótano abovedado, especialmente acondicionado para tal efecto.

Hasta entonces me había limitado a presentir mi gusto por el sadomasoquismo, sin saber adónde me llevaría aquello con Pierre. Antes de conocerle, mis relaciones habían sido muy clásicas. Lo ignoraba todo en ese terreno y sentía tanta aprensión como curiosidad.

Después de un trayecto que me pareció interminable, llegamos a Burdeos. Los cruces y los semáforos se sucedieron hasta que por fin el coche enfiló una calle tan estrecha que me hizo pensar en uno de esos callejones peligrosos por los que jamás me habría atrevido a aventurarme sola. Tenía tanto miedo que me eché a temblar. El corazón me latía con fuerza y tenía la respiración alterada. Pierre detuvo el coche delante de un sobrio portal donde nos esperaba un hombre de estatura imponente. Apenas si había tenido tiempo de reprimir mi inquietud cuando me encontré frente al coloso. Me vendaron los ojos. Luego mi Amo me ató las manos a la espalda, y un puño enérgico y brutal asió mis débiles brazos con férrea autoridad y me condujo a una habitación que imaginé minúscula y sumida en la oscuridad más absoluta, una especie de antecámara donde esperé largo tiempo, media hora, o tal vez más, en

un estado de angustia y de extrema excitación. De pronto, noté cerca de mí una presencia que me arrancó de mi letargo. Me empujaron hacia una escalera, que adiviné tortuosa, y percibí un olor a tierra húmeda. La escalera descendía a un sótano que exhalaba el olor característico del moho. Era un auténtico sótano, la clase de lugar que debe gustarle a una esclava.

Una voz me ordenó que me presentara y me dispuse a obedecer al instante. Con ese propósito me desataron las manos y me abrí de piernas, arqueando las nalgas tal y como mi Amo me había indicado, para ofrecer con la mayor indecencia posible el espectáculo de mis partes íntimas, que nadie había visto todavía de esa guisa. Me volví muy despacio a fin de que todos los espectadores pudieran apreciar mi sumisión. Seguía sin ver nada y el miedo me atenazó de repente. Empecé a oír voces, pero no habría sabido decir a cuántas personas pertenecían. Cinco o seis, tal vez más.

De súbito, un dedo hurgó con brusquedad mis nalgas y me penetró con violencia en el ano. Sorprendida por el dolor, reaccioné con insolencia y traté de escapar del dedo, que no dejaba de penetrarme. El que me violaba de ese modo, sin preparación alguna, no daba su brazo a torcer. Volví a rebelarme, y me agité hasta conseguir por fin liberarme.

Sobrevino entonces un largo silencio, sólo perturbado por unos murmullos que en vano me esforzaba por entender. Incapaz de defenderme, sentí que me levantaban del suelo y que me ataban con fuerza los pies y las manos a una cruz. En esa postura, que favorecía el examen de mi cuerpo, el dedo se hundió de nuevo en mi ano, arrancándome un auténtico grito de horror y de dolor del que aún hoy me avergüenzo. Arqueé el cuerpo con todas mis fuerzas y el dedo se retiró

con la misma brutalidad con que había entrado. Entonces el dedo se paseó por mis labios, los separó y los abrió para impregnarme la boca con el sabor acre de mi cavidad. No pude reprimir una náusea de asco, debida sobre todo a la humillación que sentía. Era tal mi repugnancia que pensé en renunciar a todo y huir. Sin embargo, abandonada en aquella postura infamante, me di cuenta de mi falta de disciplina. Apenas habían transcurrido cinco minutos desde mi llegada, y no podía dejarme llevar por el miedo, por más insoportable que le pareciera todo aquel ritual a la pobre e inexperta esclava que yo era por aquel entonces. La posibilidad de que mi Amo se sintiera dolido y descontento de mí me hizo recapacitar: decidí someterme y traté de calmarme como buenamente pude, mientras me imponía una inmovilidad absoluta.

Tras una larga espera, que volvió a ponerme los nervios de punta —aunque esta vez no dejé traslucir nada, y me prohibí hacer el menor movimiento—, me quitaron la venda que me cubría los ojos.

Vi entonces a una joven sumisa que apenas sería mayor que yo. Alguien la llamó «Número 7», sin que jamás llegara a saber por qué. Parecía al borde del agotamiento, y al contemplarla con más atención no pude por menos de observar que tenía un cuerpo perfecto y un rostro delicado y angelical.

Un hombre cuyo rostro no pude ver se dirigió a ella tildándola de «saco de lefa». Más tarde me enteré de que la joven estaba allí en calidad de receptáculo del semen de los amo y que tenía la obligación de recibir a estos, si protestar ni exteriorizar siquiera sentimiento alguno, por todos los orificios con que la naturaleza nos ha dotado. Era una mujer rebajada al rango de objeto mudo y

servil.

A pesar de todo, me di perfecta cuenta de una cosa que dejaba indiferentes a los demás, participantes. «Número 7» estaba al borde de las lágrimas y sus bonitos labios temblaban de emoción.

Entonces, uno de los hombres, mientras le acariciaba la hermosa nuca, que se arqueó bajo la caricia, le murmuró al oído que tenía que utilizar como le viniera en gana a la bella y joven virgen que yo era todavía.

Yo no tenía entonces la menor experiencia homosexual y la idea de mantener relaciones físicas con una mujer, aunque fuera joven bonita, me inspiraba cierta repugnancia. Ella se echó a llorar de forma inexplicable, como si la mano del amo hubiera desencadenado los sollozos que ahora sacudían a ese frágil cuerpo femenino sometido a los caprichos de los hombres. Sentí lástima por ella, y el sufrimiento que pude leer en ese momento en su mirada calmó mi angustia, de manera que yo también me eché a llorar y ambas derramamos amargas lágrimas, la una frente a la otra, ofreciendo un espectáculo tan insólito como intolerable para nuestros exigentes amos.

«Número 7» pareció calmarse. Rápidamente se recobró, adoptó una actitud más digna y ocultó sus emociones hasta el final de la velada. Cuando partió, con un hombre que la tomó por el brazo, me encontré sola, hostigada por la culpa y con la terrible sensación de haber cometido una falta imperdonable que me privaría, quién sabe si para siempre, de la consideración y del amor de mi Amo.

Mi penitencia en aquel húmedo sótano se prolongó más de tres horas, y mi desasosiego y mi miedo no dejaron de ir en aumento. Fueron tres horas dolorosas y aterradoras durante las cuales

mis únicas perspectivas eran el deshonor, tal vez la muerte. Deliraba. Un hombre se acercó entonces a mí y me habló con suavidad. Sus murmullos consiguieron tranquilizarme. El Amo Georges se mostró paciente conmigo, y parecía ansioso por conocer mis experiencias y mis motivaciones. Cuando descubrió que aquella era mi iniciación, comprendió mi actitud y me prometió que no se me impondría castigo alguno.

El Amo Georges me permitió descansar. Hizo que me estirase en una especie de sofá bajo donde acabé de recobrar la confianza en mí misma y cuando, al cabo de un largo rato, volvió a buscarme, mis dudas y mis temores se habían casi disipado.

Esta sesión, que marcaba los comienzos de mi iniciación en el sadomasoquismo, no dejó de tener repercusiones en el humor de Pierre, para quien la perfección más escrupulosa en el sometimiento y la obediencia que sus esclavas debían mostrar en cualquier circunstancia revestía una gran importancia. Yo sabía que mi Amo tenía fama de ser inflexible y que, por esa razón, era muy solicitado por los buenos y auténticos amos experimentados, que siempre se rodean de compañeros duchos en esas lides.

4
La amonestación

Yo distaba mucho de haberme mostrado como una perfecta esclava. Me había dejado llevar por un momento de flaqueza y sin duda él no pensaba perdonármelo. Ahora debía afrontar una nueva prueba iniciática mucho más dolorosa si cabe: sufrir sus reproches y las humillaciones que se disponía a discurrir para castigarme. Pierre me llamó putita inepta, presuntuosa y sin honor. Había faltado a mi palabra. El verme injuriada de ese modo me ponía enferma. Su cólera era injusta, de la misma manera que mi espantada era indigna del amor que sentía por él.

Mi Amo debía haber recordado que la primera vez siempre es difícil, que el aprendizaje de las relaciones sadomasoquistas implica arriesgar la propia integridad.

Estoy convencida de que la intervención del Amo Georges nos salvó del desastre. ¿Qué habría hecho yo si este no hubiera acudido junto a mí y no me hubiese rodeado la cintura con el brazo para tranquilizarme? Tal vez me hubiera marchado, mortificada y llena de vergüenza. Y quizá mi experiencia se habría limitado a este incidente.

Tras dejarme descansar, Pierre me arrastró al fondo del sótano, donde la penumbra era más densa, y me hizo girar hasta colocarme de cara a la pared húmeda. Noté cómo, al agarrarme a la pared, el salitre se disolvía bajo mis dedos. Para redimirme, me habría gustado que me ataran allí, en aquella postura, con el vientre desnudo pegado

al muro pegajoso y la espalda y las nalgas ofrecidas a cuantos hombres hubieran querido disponer libremente de mí, sin condiciones. Que mis manos quedaran atrapadas en la piedra para no poder moverme y soportarlo todo a fin de demostrar que algún día sería capaz de convertirme en la esclava perfecta, envidiada por todos los amos y motivo de orgullo del único a quien yo veneraba.

El Amo Georges empezó a acariciarme. Yo sabía que, al obrar de ese modo, me brindaba una oportunidad de hacerme perdonar mi falta. Se apoderó de unas disciplinas y me trabajó el cuerpo calentándolo lentamente, ora acariciándolo con las tiras de cuero, ora golpeándolo con crueldad y violencia. Cuanto más fuerte golpeaba, tanto mayor era mi entrega. En el momento en que colocaron brutalmente unas pinzas en mis pechos, no noté nada, apenas un agudo pellizco. Pero inmediatamente después sentí que me trituraban los pezones con unas pesas de metal que, colgadas de las pinzas, tiraban de ellos hacia el suelo. El menor de mis movimientos provocaba un aumento del balanceo de las pinzas, con lo que experimentaba una espantosa sensación de desgarramiento.

Recuerdo el preciso instante en que me ordenaron que me pusiera a gatas en medio del sótano. El amo para quien ejercía de esclava esa noche me colocó otras pinzas en los labios de la vulva, exactamente encima del clítoris. Todo mi cuerpo se balanceaba de una manera obscena, atormentado por dos dolores distintos. Me sentía dividida entre el deseo de que cesaran de una vez mis sufrimientos y el deseo de aumentar su intensidad con mis balanceos para satisfacer a mi Amo y conseguir su perdón. Contemplé con orgullo la rotación, de derecha a izquierda y de

izquierda a derecha, de las pesas que colgaban de mis pechos. El dolor se volvía intolerable, pero sentí que me convertía en la espectadora de ese dolor. Sufría, sí, pero dominaba el sufrimiento. El placer que nacía en mí de forma insidiosa superaba el sufrimiento, lo estigmatizaba.

Así fue como experimenté por primera vez el placer, ese placer tan cerebral, de una mujer sometida a un hombre que la obliga a sufrir. Me pareció que algo indefinible tomaba el control de mi cerebro y ordenaba a mi cuerpo que gozara de aquel sufrimiento fulgurante y magnificado por mi obediencia servil. Haber conseguido liberarme, y gozar del dolor impuesto y deseado por el amo a quien había sido prestada como el objeto sin valor en que me había convertido al negarme a la primera prueba, fue para mí una revelación prodigiosa.

Con ánimo de expresar su satisfacción, el Amo Georges me señaló la cruz de san Andrés, a la que me ataron con los brazos y las piernas tan separados que tuve la sensación de que iban a descuartizarme. Pierre, como si de nuevo fuera digna de su interés, se acercó entonces a mí. Me pareció leer en su mirada ese amor que a veces me ofrece no sin cierta torpeza, pero que tanto sosiego me proporciona y que constituye mi razón de ser. Tras armarse con sendos látigos largos, el Amo Georges y mi Amo empezaron a flagelarme con tal vigor y a tal ritmo que los ojos se me salían de las órbitas. Para ahogar mis aullidos me mordí los labios con fuerza hasta que el sabor de mi propia sangre me llenó toda la boca.

Me entregaba al castigo con una dicha casi mística y con la fe de quien vive su consagración. En mi imaginación, enardecida y turbada por aquella sucesión de miedos, dolores y placeres entremezclados, ya no era capaz de establecer la

diferencia entre estos y aquellos. Acudían a mi mente centelleantes imágenes de sacrificios: quería ser el cordero sacrificado en el altar. A cada nuevo golpe me sorprendía susurrando «Gracias», sin que me importara lo más mínimo que mi carne se desgarrase, que mi sangre se derramase y que las piernas me flaquearan, de modo que todo el peso de mi cuerpo torturado se descargaba con tremenda brutalidad sobre los hombros y las muñecas, que tengo particularmente frágiles.

Había recuperado la consideración de mi Amo. Me había convertido en una esclava digna de ese nombre y digna de su amo. Y no hay en este mundo mayor dicha para una esclava que sentirse apreciada. Es casi lo mismo que ocurre cuando se ama, pero con el aliciente de una emoción vertiginosa…

En el sótano desierto, donde los efluvios de la humedad evocaban cada vez con mayor precisión los de una tumba, un hombre se acercó a mí. Mientras me contemplaba en silencio descubrí que llevaba dos agujas largas y finas en la mano. No guardo el menor recuerdo de su rostro. De hecho, rara vez conservo en la memoria el rostro de los hombres de quienes he sido esclava. Lo único que recuerdo de aquellos a quienes Pierre me entregó es un puñado de impresiones fugaces. Si me cruzara por la calle con alguno de los que fueron mis amos durante una noche, estoy convencida de que sería incapaz de reconocerlos. Es como si, una vez acabado el rito, mi mente se obstinara en eliminar a todos los extraños para que el único recuerdo perdurable de esa dicha rara y subversiva sea la imagen de una pareja unida en su pasión común; la imagen de la complicidad extrema y sin parangón que existe entre mi Amo y yo.

Mis temores se re avivaron al ver las agujas, pero logré infundirme el suficiente valor

diciéndome que mi nuevo estatuto de esclava autorizaba las pruebas más severas. Decidí que ya no tenía derecho a sucumbir al miedo, y a partir de ese instante me invadió algo muy parecido a la serenidad. Ese estado de ánimo me permitió exteriorizar una especie de indiferencia que halagó a la vez a mi Amo y al hombre que se acercaba para atormentarme.

El verdugo de las agujas me cogió un pecho y se puso a masajearlo, a acariciarlo ya pellizcarlo para que despuntara el pezón granuloso. Cuando el pezón, así excitado, se endureció, el hombre clavó en él la aguja. Casi inmediatamente después, clavó la segunda en el pezón del pecho que no había sido acariciado y este, por consiguiente, reaccionó de modo muy distinto. Así descubrí que la excitación mitiga el dolor y lo transforma en una sensación difusa. Estableciendo una analogía, llegué a la conclusión de que, al igual que le sucede a un pecho debidamente acariciado, una esclava amada y ensalzada, alimentada por la sola pasión de su amo, puede aceptarlo y soportarlo todo. Cuando me pinchó más veces alrededor de las aureolas, algunas gotas de sangre empañaron el metal de las agujas, que hasta entonces resplandecían bajo la luz de la bombilla. Sin duda para aumentar mi dolor, el verdugo de las agujas me atravesó casi toda la piel del vientre. No pude por menos de sentir una especie de repulsión: me asqueaba la sensación provocada por aquellas púas metálicas que forzaban la resistencia de la epidermis para hundirse en mi carne, hurgar en el tejido de los músculos y emerger un poco más allá con una gota de sangre. Pero me esforcé por alejar de mi mente esas imágenes dignas de una película de terror y no pensar más que en Pierre, que asistía a mi tortura en calidad de entendido. Cada vez que una aguja me atravesaba la piel, gritaba

para mis adentros: «Amo mío, te adoro con toda mi alma, y sólo mi amor por ti me permite soportar dolores tan espantosos. Gracias, Amo mío, por permitirme que te demuestre así mi amor. Tu amor me da la fuerza que me ayuda a salir triunfante de lo que hasta esta noche me habría parecido imposible…».

Tan pendiente estaba de explorar mis límites, y tanto temía no poder superarlos, que no me di cuenta de que había alcanzado el paroxismo de la excitación. Todo mi goce, que aún no había aflorado, parecía estar contenido y concentrado en mi vientre. El placer me hervía a borbotones bajo la piel, como si todo mi cuerpo se licuara y fuera a expandirse. Con las entrañas abrasadas, me consumía; no cabe duda de que no experimentaba sólo la sensación del placer, sino el placer en sí mismo.

El Amo Patrick se inclinó entonces sobre mí con una vela en la mano. La pequeña palmatoria dorada se ladeó poco a poco y la cera ardiente goteó sobre mi piel, constelándola de grandes círculos blancuzcos. La idea de ser quemada viva aumentó mi excitación. Mi martirio se volvía delicioso. Empecé a perder la noción del tiempo y del dolor, y aguardaba lo que iba a venir en un estado cercano a la inconsciencia.

Los tres hombres me azotaron de pronto con aterradora violencia. Intuía que, con esos latigazos, crueles hasta la abominación, querían hacer estallar las pequeñas costras de cera que constelaban mi vientre y mis pechos, y entonces ya no pude dominarme. Al arquear mis nalgas, los muslos y el vientre salieron propulsados hacia delante, como si del último sobresalto de un electrocutado se tratara, debido a un orgasmo tan violento que tuve la impresión de desfondar la cruz que me tenía prisionera. Avergonzada y

orgullosa, había alcanzado el goce mediante los tratos infligidos por la sola voluntad de mi Amo.

No sé lo que sucedió a continuación. Creo recordar que se agolparon todos a mí alrededor y que los testigos derramaron su placer sobre mi cuerpo. Recuerdo una mirada, una rosa que me regaló un joven sometido a quien mi iniciación había impresionado. Me dio esa flor —que todavía conservo como recuerdo de esa primera noche— mientras me murmuraba con dulzura estas palabras:

—Las rosas no fueron creadas únicamente para hacer sufrir, y por eso te regalo esta.

Mucho después, tendría ocasión de comprobar por mí misma la extrema crueldad de las rosas.

5
La prueba

Como organizador, Pierre no tiene rival desde que comparto su vida, programamos con mucha antelación los fines de semana, que casi siempre resultan de lo más agitados. Cuando regresamos, el domingo por la noche, a menudo me encuentro en un estado rayano en el agotamiento. Y Pierre no está menos cansado que yo: el papel de amo resulta extenuante pues si bien el esclavo no hace más que someterse, el amo, en cambio, tiene que tomar decisiones, organizar, preparar y actuar, sin dejar de velar, al mismo tiempo, por el estado físico y psíquico de la esclava a quien ha decidido honrar con sus pruebas y humillaciones.

En cierta ocasión, pasamos un fin de semana en una ciudad del norte, en casa de una pareja de dominadores muy experimentados que se cuentan entre los allegados de Pierre, Ambos tienen unos cincuenta años, y nos gustaban por su refinamiento, por su experiencia en una modalidad de sadomasoquismo muy extrema y porque saben disfrutar de la vida.

Pierre sostiene que poseen tal sensibilidad que se adaptan fácilmente a la esclava que se les brinda, algo que por desgracia no es tan habitual. Con excesiva frecuencia, el mal amo utiliza a la esclava prestada para satisfacer vulgares apetitos sexuales. Cuando uno es ducho en esta materia, utiliza la psicología del ser–objeto para descubrir sus auténticas fantasías. Las mías estriban en celebrar y glorificar a mi Amo, que me reveló mi verdadera naturaleza, mi obvia predestinación al

sometimiento. Otros tienen por fantasías la transgresión de tabúes que no se atreverían a afrontar sin la coartada de la esclavitud: cierta mujer obligada a entregarse a la coprofagia no adoptó esta práctica sino amparada por el secreto del cuero, el acero y el látex. Esta criatura de ensueño, a quien vi entregarse a un grupo de africanos en un aparcamiento desierto cerca de Lyon, es en la vida cotidiana una mujer elegante, experta en informática, que sólo se convierte en receptáculo unas pocas horas por semana gracias a su amo, que la autoriza a saciar sus más secretas aspiraciones. Porque si hay una cosa de la que puedo dar fe pese a mi insignificante experiencia es que a una esclava jamás se le impone nada que ella no quiera hacer. En el ámbito del sadomasoquismo, la esclava elige, con la complicidad de su amo, las pruebas y los ritos a los que desea someterse para su mutua felicidad. Los otros casos, de los que a veces se habla en la prensa sensacionalista, no guardan ya relación alguna con el auténtico «sadomaso», sino que son pura y simplemente crímenes de sangre.

El local que habían acondicionado nuestros amigos del norte era muy agradable y muy sofisticado. Toda la decoración de la casa, desde el sótano hasta el granero, había sido concebida para las actividades que nos interesan.

Pierre me había preparado para vivir acontecimientos importantes en el transcurso de ese fin de semana. Sentía una terrible ansiedad al pensar que iba a encontrarme frente a una pareja de dominadores experimentados, que practicaban los ritos del sadomasoquismo desde antes incluso de que yo naciera. Una vez más, lo que más temía era no tener la fuerza ni la voluntad de mostrarme a la altura de las pruebas a las que me someterían y por las que sería juzgada y, conmigo, también mi

Amo. En cualquier circunstancia, debía dar lo mejor de mí misma y tener en cuenta —aun en las peores situaciones en las que tal vez me vería— lo que ese fin de semana significaba: la inestimable posibilidad de asistir a unas clases de esta índole en casa de unos amos reputados en toda Europa sin haberles sido previamente presentada y sin que ellos hubieran puesto a prueba de antemano mis verdaderas aptitudes.

Al entrar en ese universo, que a mí se me antojaba mágico, me repetía que no tenía derecho alguno a defraudar a nadie, ni a Pierre ni a esos amigos que me concedían el honor de incluirme entre las filas de las «privilegiadas». Maïté y Julien acudieron a buscarnos al aeropuerto. No osaba mirarlos a la cara, y bajaba la vista en señal de sumisión, tal y como Pierre me lo había aconsejado. Subimos a su coche y no pronuncié una sola palabra en todo el trayecto, contentándome con acariciar a Pierre con ternura y respeto. Él era mi único punto de referencia, mi asidero. Tenía la impresión de que con él podía afrontarlo todo y mostrarme la más fuerte. El simple contacto de su mano en la mía bastaba para transportarme de felicidad e infundirme confianza. ¡Qué delicia, me decía yo, abrazar la esclavitud durante unas horas, que imaginaba extenuantes, del brazo de mi Amo adorado!

Tras hacer un alto en el hotel para dejar nuestro equipaje, llegamos por fin a la casa a la que me gusta llamar la «mansión sadomaso».

Era presa de una viva agitación y el corazón me latía con fuerza. Estaba impaciente por entrar en aquella casa cuya arquitectura interior y cuya decoración había imaginado a partir de las descripciones que de ella me había hecho Pierre. Sentía una gran curiosidad por saber si la imagen que yo tenía de ella coincidía con la realidad.

Cuando la puerta de entrada se cerró a mis espaldas, mi decepción fue inmensa. Con los ojos como platos, pasé revista a las habitaciones por las que me conducían sin detectar en ellas rastros de material o de accesorios, ni siquiera la sombra de una atmósfera «sadomaso».

Decepcionada, no sabía ya qué pensar: ¿cabía la posibilidad de que Pierre se hubiera inventado de cabo a rabo ese lugar mágico que tan bien y tan prolijamente me había descrito?

Esta primera velada duró unas tres horas. Fue mi debut oficial bajo el nombre de «Laïka», que iba a convertirse en mi sobrenombre para todas nuestras actividades sadomasoquistas. Quiere un rito muy apreciado entre los iniciados que sea el amo quien presente a su esclava para que sus anfitriones calibren sus verdaderos límites y, de esa forma, puedan utilizarla al máximo después.

Obedeciendo a los deseos de Pierre, me levanté el vestido y me abrí de piernas, arqueándome de una forma que me encanta, que acentúa la curva de la grupa y realza el contorno de mis nalgas, en forma de manzana.

Presentarse de esa guisa obliga a la esclava desnuda a hacer ofrenda de su cuerpo, sean cuales fueren sus defectos, y también la ayuda a conocerse, a aceptarse y a asumirse mejor. En su absoluta desnudez, ese cuerpo entregado, despojado de ropa, escudriñado por todos hasta el último rincón, es escarnecido y humillado sin concesión alguna. El ser que se exhibe de esa forma descubre el poder de su cuerpo, y el esclavo extrae su fuerza de la fascinación que ejerce sobre el amo.

No tardé en notar en la piel el contacto de unas manos frías posadas en el lugar donde muere la espalda y más tarde entre las nalgas. Esas manos desconocidas, tan temidas y a la vez esperadas, me

palparon, acariciándome con suavidad, como si pretendieran conocer todos los secretos no sólo de mi cuerpo, sino también de mis pensamientos. Me abrí un poco más de piernas para que esas manos meticulosas pudieran explorarme a placer Cuando el amo que me evaluaba se convenció de mi absoluta docilidad, los amos reunidos pasaron a otros juegos.

Una fusta negra me azotó bruscamente y con tal violencia que solté un auténtico rugido. Es harto sabido que la alternancia de la suavidad y la violencia contribuye a domar a las esclavas reticentes: pero yo, infeliz principiante deseosa de hacerlo bien para contentar a mi Amo, nada sabía de todo esto y creí que se me castigaba por una falta cometida sin darme cuenta. ¿Les habría disgustado mi postura? ¿O acaso mi mirada se había mostrado insolente contra mi voluntad? ¿O tal vez, de manera involuntaria, un gesto de mi boca les había dado a entender que tal vez ponía en tela de juicio aquellas pruebas? ¿Tenía derecho a implorar piedad? ¿Podía excusarme ante mi Amo y sus anfitriones? Debido a la rigidez de la fusta, pronto me ardieron las nalgas y la espalda. Los golpes me laceraban la carne, provocándome una intensa sensación de quemazón. Había perdido la costumbre del látigo, del que me había visto privada durante más de un mes. Pierre me prometía a veces fustigarme como si de una recompensa se tratara. Por consiguiente, me dispuse a esperar la fusta como una prueba de satisfacción: que se trate de la satisfacción del amo o de la del esclavo, eso no tiene la menor importancia…

De manera imperceptible, el dolor pareció remitir para dejar paso a una sensación de placer difuso que me resulta difícil de explicar. Supongo que cabe compararla con lo que se experimenta al

quitarse una astilla del dedo, cuando a través del dolor intolerable se vislumbra el alivio. Los golpes se tornaron más suaves, mejor dirigidos y, de repente, comprendí que iba a gozar. Cuando la vara de la fusta me alcanzó exactamente entre los muslos, sobre el abultamiento del pubis, empecé a gemir, para mi tremenda y deliciosa vergüenza. Tras doblar un poco las piernas para apretar los muslos, tuve un orgasmo que dejó encantados a mi Amo y sus anfitriones. Pero ¿qué había sucedido en realidad?

¿Acaso mi cuerpo y mi piel se deleitaban en el dolor? ¿O bien mi inconsciente transformaba ese dolor en un orgasmo para endereza las cosas? De hecho, en mi profundo sometimiento, yo ya no era más que un cuerpo y una voluntad abandonados al ser amado.

Una vez que ese placer fulminante se hubo disipado, sentí que el dolor volvía a atenazarme y, con una inconsciencia extraña en mí, me atreví a implorar su piedad. Los amos se miraron, decepcionados y perplejos. Tras un breve conciliábulo de murmullos desdeñosos, decidieron hacerme pagar cara mi incalificable flaqueza. Acababa de romper el encanto de la escena, había interrumpido su éxtasis de flagelantes refinados. Me llevaron, pues, al primer piso, donde todos decidieron poseerme sin miramientos.

Fue el Ama Maïté quien me condujo allí. Me colocaron frente a una pared en cuyo centro había un agujero, de modo que mi cabeza sobresalía por un lado y mis nalgas y mis piernas por el otro. Iban a penetrarme por detrás y a forzarme por la boca al mismo tiempo.

Maïté me ordenó que me colocara y no tardé en quedar abierta de piernas en señal de docilidad, con la grupa exageradamente en pompa y la boca ya abierta, dispuesta a que me utilizaran para lo

que mis amos dispusieran. Al verme tan sumisa, su cólera se apaciguó.

—Estoy orgulloso de ti, te comportas tal como yo esperaba. Sigue así —me dijo Pierre con ternura, acercándose a mí.

Estas palabras me emocionaron. Sus juicios sobre mí eran siempre tan severos que apenas podía creer lo que acababa de oír.

Saber que no defraudaba a mi Amo y que el hombre a quien amo se enorgullecía de mí me hizo sentir la más feliz de las esclavas. Tenía tentaciones de responderle: «Pero si esto no es nada, Amo adorado, ordenad y yo obedeceré, quiero sorprenderos para que me coloquéis por encima de todas las esclavas que hayáis conocido hasta el día de hoy. El simple hecho de saber que he ganado vuestra confianza y vuestra consideración hace que sea capaz de soportar cualquier cosa… Disfrutad, adorado Amo mío, y si vuestra dicha exige mi ruina, estoy dispuesta a aceptarla, pues sé que al rebajarme ante los demás crezco en vuestra estima y en vuestro corazón».

¿Qué importaba ya que el Amo Julien utilizara mi boca como la de una puta, que me tratase con dureza y me obligara a beber de la fuente de su placer, si yo era la orgullosa esclava de mi venerado Amo Pierre?

Impaciente por satisfacerse a su vez, Pierre tomó el lugar del Amo Julien. Me folló por la boca, utilizando mi lengua como si fuera un estuche, y yo le hice esta felación con un recogimiento místico. Entretanto, el Amo Julien utilizaba mi vagina sin miramientos. Excitado por el espectáculo de la felación que le hacía a Pierre, de repente el Amo Julien decidió poseerme por el conducto más estrecho, que, como mi cuerpo entero estaba a su merced. Con ánimo de hacerme daño, me penetró sin preámbulos, pero yo extraje

de la mirada de mi Amo, que me observaba intensamente, el valor para no soltar un solo gemido. Con las dos manos, le comprimí la verga al ritmo de las embestidas que me proyectaban hacia delante, hacia aquel que estaba en el origen de todo. Creía que la prueba había acabado ya cuando un tercer miembro, más duro aún que el anterior, forzó los labios de mi vulva. Me quedé por completo desconcertada. El súbito silencio me exasperó, pues no podía ver nada de cuanto ocurría a mí alrededor. Me poseían, me penetraban y yo nada veía, no reconocía ni a Pierre ni al Amo Julien, y el Ama Maïté era una mujer.

Cuando ahora reconstruyo esta escena en mi memoria, no puedo sino reírme de mi insondable ingenuidad.

Entonces no era más que una ingenua libertina que aún no lo sabía todo acerca de los refinamientos del sadomasoquismo ni de la perversidad de los hombres ni, mucho menos, de la de ciertas mujeres. Sólo sabía que mi loco amor por un hombre me impulsaba a seguirlo a ciegas en esa clase de aventuras para vivir todas las experiencias hasta el límite.

Comprendí por fin que el miembro que me penetraba era un consolador provisto de un cinturón que Maïté se había ceñido a la cintura, y esta audacia me excitó. Bañada en mis propias secreciones, sentí que me fundía. Con un vocabulario ultrajante y vicioso, el Ama Maïté me exigió que me arqueara más, que me entregara de forma que ella pudiera penetrarme hasta el fondo. Sucumbí a un impetuoso orgasmo que me habría gustado poder controlar, aunque sólo fuera porque era la primera vez que una mujer me penetraba de ese modo, como en las fotos de las revistas pornográficas que a veces había hojeado, con las

mejillas encendidas y el vientre estremecido. Inmersa en el placer, supe que también Maïté gozaba mientras me ensartaba como si hubiera sido un macho, uno de esos machos a quienes a ella le gusta someter para humillarlos en su machismo.

Maïté, agotada —sobre mis hombros habían caído algunas gotas de sudor—, se despegó de mí como lo hace un animal después de la cópula y me ayudó a salir de mi prisión. Tras conducirme al cuarto de baño, donde me duchó como si yo fuera una niña, me ordenó que me reuniera con los dos hombres.

Me había convertido en el objeto de placer de aquellos dos hombres y de aquella mujer. De pronto, Maïté pareció enardecerse: se acercó a mí, me acostó en la cama, se abrió de piernas justo encima de mi rostro y exigió de malos modos que la lamiera como una perra. Di lengüetadas a su sexo con una docilidad absoluta. Era tan suave que su contacto me arrebató. Sus muslos fibrosos de mujer madura se separaban bajo la presión de la lengua y los dientes. Abrió aún más la vulva y se derramó violentamente en mi boca. Sorprendida por esta auténtica eyaculación, tuve un nuevo orgasmo, y la súbita conciencia de que estaba gozando sin la autorización de mi Amo me dejó paralizada.

A continuación nos dirigimos al salón con la indolencia y el buen humor que procura el placer llevado al paroxismo.

Aprovechando un momento en que nuestros anfitriones no me veían, pues las manifestaciones de ternura no son admisibles en esta clase de veladas, me eché en brazos de Pierre y, como si estuviera ebria, le dije que nunca amaría a nadie más que a él.

Era ya muy tarde y de buena gana nos

habríamos retirado a descansar, pero el Amo Julien tenía otros planes. Me arrastró con rudeza a la cocina, me hizo apoyar el vientre contra la larga mesa rústica y me ordenó que me abriera de piernas. Tras contemplar el impúdico espectáculo que le ofrecía a mi pesar, me montó de una sola e inesperada embestida mientras gritaba con furia: «¡Toma esto, guarra, putita de mierda!».

Me dejé sodomizar por aquel hombre a quien Pierre me había prestado, pues tal era mi deber.

Después de entregarme a una meticulosa limpieza que parecía destinada a devolverme al estado de mujer libre —como si mi maquillaje de esclava se marchara con el agua espumosa que se deslizaba entre mis muslos—, Pierre me indicó que ya era hora de regresar al hotel.

Mientras conciliaba el sueño en aquella habitación pequeña y tapizada con tela de Jouy, me sentí la más dichosa de las mujeres. Acurrucada en los brazos de Pierre, me dormí con una sonrisa. Fue Pierre quien me lo contó después, y me dijo que la sonrisa de felicidad que iluminaba mi rostro había suscitado en él una profunda emoción.

6
Fantasías escritas con tinta

Al día siguiente regresamos a casa de nuestros amigos, donde me aguardaban nuevas pruebas. Hacia el final de la tarde, mientras esperábamos a que llegase cierta pareja, me prepararon. Me habían informado de que Clotilde era dominadora y que vendría acompañada por Vincent, su esclavo habitual. Como se había decidido que yo no los viera, me arrastraron a un sótano que aun no conocía. Fue Pierre quien eligió mi indumentaria: llevaba medias de rejilla, una faldita plisada que dejaba entrever el bajo vientre y una blusa negra transparente que apenas ocultaba un corsé negro de cuero engastado de cadenas.

La voz del Amo Julien retumbó de improviso: «Os presento a Laïka, la esclava de Pierre. Ha venido aquí para ser adiestrada y convertirse en una esclava obediente». Pierre me vendó los ojos para que no pudiera ver a los invitados que bajaban al sótano. Alguien me pidió que me diera la vuelta para enseñar el culo y yo obedecí, no sin mostrar cierta complacencia. Se me ordenó que me acercara a un invitado que deseaba tocarme y di algunos pasos a ciegas en la dirección que me habían indicado. Me estremecí al notar que unas manos heladas me tocaban la piel. Este primer contacto me había sorprendido, pero me entregué con docilidad a las caricias cada vez más insidiosas, que no tardaron en resultarme agradables.

Me comunicaron que habían acudido varias personas con el propósito de asistir a mi

sometimiento, y que cada una de ellas me daría diez latigazos. Para encajar esta prueba, me concentré en el esfuerzo de voluntad que sin duda exigiría de mí. El adiestramiento en el dolor no es, al fin y al cabo, más que un entrenamiento deportivo como otro cualquiera: no cuesta tanto conseguir que retrocedan los límites. Experiencia tras experiencia, se aprende a soportar durante un poco más de tiempo la sensación de dolor y uno acaba por acostumbrarse a ella, máxime si, como me sucede a mí, el dolor le procura una intensa excitación y un placer fuera de lo común.

Reconocí de inmediato los latigazos asestados por Pierre: posee un método particular, a la vez cruel y refinado, que se traduce en una especie de caricia de la fusta o de la varilla antes del chasquido seco, siempre imprevisible y dosificado con sabiduría. Mi Amo sabe someterme mejor que nadie. Después del último golpe, acarició furtivamente mis nalgas inflamadas, y esta sencilla señal de ternura alimentó mis deseos de soportar lo que fuera para satisfacerlo.

Me ordenaron que me pusiera a gatas, en la postura que sin duda resulta más humillante para la esclava, pero también la más excitante para la exhibicionista que Pierre me ha enseñado a ser en cualquier circunstancia y lugar. Por su suavidad, supe que las manos que empezaron a palparme eran las de una mujer. Esas manos me abrieron el sexo con cierta habilidad. Poco después, noté que me penetraban con un objeto redondo y frío que Clotilde manipuló largo rato con lascivia.

Los amos decidieron entonces que me conducirían de nuevo al primer piso; allí me quitarían la venda de los ojos y podría conocer a los otros invitados de aquella ceremonia memorable. De ese modo descubrí que Clotilde era una joven espléndida, rubia y de ojos claros, con

un rostro asombrosamente dulce del que se desprendía una tranquilizadora impresión de jovialidad. Me dije que estaba físicamente en los antípodas de la imagen que me había hecho de una dominadora.

Una vez más, me colocaron en el agujero practicado en la pared donde había sido forzada la víspera. Mientras utilizaban los orificios que yo les brindaba, Pierre exhibía ante mis ojos un miembro congestionado que primero intenté rozar con los labios y después alcanzar estirando al máximo la punta de la lengua. Pero Pierre, con un refinamiento cruel que acicateó mi excitación, se escabullía cada vez que estaba a punto de alcanzar su verga, con lo que me obligaba a estirar el cuello y la lengua, como una auténtica perra que anhelara un hueso. Esa obstinación mía en querer lamer la verga de mi Amo me valió ciertos comentarios humillantes. Y esas injurias, unidas a los golpes que me sacudían con violencia las entrañas y a los dedos que se introducían hábilmente en el interior de mi cuerpo, me provocaron un orgasmo que, de tan repentino, me dejó anonadada. Había gozado, alcanzada por una ráfaga de placer que nada habría podido posponer.

Cuando, presa de una incontenible urgencia, pedí humildemente al Ama Maïté que mi autorizase a ir al baño, no obtuve sino una negativa seca y tajante. Muy confusa, advertí que depositaban un orinal pequeño en mitad de la sala, tras lo cual Pierre me ordenó que diera rienda suelta a mis necesidades delante de todos los invitados.

No pude evitar que me invadiera el pánico por más que estuviera dispuesta a exhibir mi cuerpo, a brindarlo para darle placer a mí Amo o a domeñar el dolor para ser digna de él, la perspectiva de entregarme a una necesidad tan íntima me pareció

inaceptable. La verdadera humillación consistía en eso: en mostrarme en esa postura degradante. Mientras me exhibían, me fustigaban, me penetraban o me sodomizaban, mi vanidad se sentía satisfecha porque yo suscitaba el deseo. Pero, al orinar delante de todos los mirones reunidos, no suscitaba el deseo de nadie. En ese preciso momento tomé conciencia del orgullo de la esclava, ese orgullo que la motiva y que, en consecuencia, lo explica y lo justifica todo. De hecho, el orgullo es el pilar sobre el que se sostienen los ritos del sadomasoquismo: el orgullo del amo por poseer una esclava bella y dócil, pero también el ilimitado orgullo de la esclava, que sabe que despierta en los amos, esos seres superiores y experimentados, los deseos más inconfesables y, por lo tanto, los que con menor frecuencia les es dado saciar.

La ligera impaciencia que percibí en la atenta mirada de Pierre surtió al parecer un efecto inmediato sobre mi vejiga, que se vació instintivamente, como les sucede a esas Jóvenes perras atemorizadas que no pueden evitar orinarse cuando su amo las riñe o las amenaza. Meses antes, jamás habría podido imaginar algo así. Conseguí abstraerme de todos los testigos, cuyas miradas se clavaban en mi entrepierna. Cuando acabé de orinar, Maïté me ordenó que olisqueara la orina y la bebiera después. Trastornada por esta nueva prueba, me sentí al borde de las lágrimas. Sin atreverme a rebelarme, me puse a dar lengüetazos ya beber aquel líquido claro que aún estaba tibio. Para gran sorpresa mía, experimenté un innegable deleite al entregarme a este juego inesperado.

Tras exponerme a las miradas de los invitados, me llevaron ante Clotilde, a quien tuve que lamerle las botas de charol con la punta de la

lengua. La joven seductora me recompensó con una caricia muy dulce, parecida a ese gesto de pasar la mano por el cuello de un animal sumiso. Cuando anunciaron la cena, sentí un gran alivio.

De pie junto a la mesa, Vincent desempeñaba el papel de criada. Más tarde descubrí que aguantaba con estoica resignación golpes cuya violencia se me antojaba insoportable. Sólo llevaba un delantalito y unos calzoncillos de cuero decorados con clavos y abiertos de manera que se le viera el miembro. Vincent estaba allí para servirnos. A mí me ordenaron que me colocara debajo de una silla especialmente diseñada: tenía un agujero en el centro del asiento para que el amo o el ama que se acomodara en ella pudiera recibir el homenaje bucal de la esclava que estuviera debajo. Todo en aquel lugar parecía haber sido concebido para el placer. Tendida en el suelo, con la cabeza apoyada en un cojín y sostenida por una pequeña correa de cuero para que no me cansara demasiado, me apliqué a lamer las partes íntimas del Ama Maïté. Ella no se contentó con alimentarme con su placer, sino también con ostras, que se introducía en la vulva y que yo tenía que sorber. Después de tragarme con gula la ostra, cuyo jugo me chorreaba por la barbilla, me pasaba la lengua por los labios para no desperdiciar ni una gota de la preciada concha.

Después de cenar bajamos de nuevo al sótano. Clotilde exigió que la lamiera largo tiempo antes de que alcanzara ella el orgasmo. Luego ataqué su clítoris con la lengua y no tardó en prorrumpir en gemidos y en proferir los gruñidos de un animal asustado. Eso me sumió en tal estado de excitación que me sentí dispuesta a hacer lo que me pidieran con tal de gozar y de darle placer a mi Amo, mi querido y tierno Amo. En aquellos momentos, lo amaba, literalmente, hasta la locura, porque era él

quien me permitía superar mis propios límites, vencer mis tabúes y conocer placeres prohibidos para el común de los mortales.

Me ordenaron que me sentara en un pequeño taburete en el que se alzaba un voluminoso vibrador. Sólo por la postura, la vulva me dolía, pero la cosa empeoró cuando me pidieron que me sentara sobre el duro cilindro con las nalgas separadas y me lo hundiera hasta la raíz. Conforme me empalaba en el cilindro de látex, notaba cómo se me desgarraba el ano. La estrechez de esa parte de mi cuerpo tornaba la operación dolorosa. Entonces Amo Julien puso en marcha el monstruoso miembro, y, con las vibraciones, el cilindro fue adentrándose hasta lo más profundo de mis entrañas. La lenta rotación del vibrador me procuró un orgasmo tan intenso como rápido, y cuando mi Amo aceleró el diabólico objeto, no pude por menos de implorarle piedad. Si se dignaron concederme una tregua fue a condición de que aceptara esta cadencia algo más tarde. Poco después volvieron a ensartarme y a exigirme que utilizara el vibrador para penetrarme alternativamente por todos los orificios. Descubrí así el placer extremo que se experimenta al poseerse una misma. Me obligaban a masturbarme, y yo perdí toda noción de pudor; nada podía ya contenerme. Mi Amo me observaba y yo percibía la intensa excitación que le embargaba. Tenía la sensación de que había dejado de ser yo misma, pero en ningún momento olvidaba mi amor por Pierre. Me había convertido en un simple cuerpo que gozaba de lo que se le imponía. No era más que una esclava y asumía con orgullo mi condición.

Cuando, poco después, mis amos quisieron liberarme, me oí a mí misma negarme y pedir entre sollozos: «Más, por favor…». Exultante,

Pierre me felicitó. Aceleraron la velocidad de las vibraciones, y de vez en cuando las interrumpían para que pudiera soportarlas. Tuve entonces el orgasmo más delirante que pueda imaginarse.

Mi amado Pierre vino a reunirse conmigo. Sus palabras fueron tan tiernas y sus caricias tan dulces que no cabía en mí de júbilo.

A continuación asistí a la sesión de dominación de Vincent. De rodillas en el suelo y con la mirada baja, se masturbaba lentamente, obedeciendo las órdenes que le exhortaban a disminuir el ritmo de su infamante caricia. Cuando le exigieron que se corriera, no tardó en soltar un chorro de esperma que salpicó las losas de piedra. Luego le obligaron a lamer su esperma hasta la última gota. Los amos se reunieron entonces y decidieron que Vincent se había hecho acreedor a un castigo por haber tenido una eyaculación tan abundante. Encajó sin rechistar los latigazos que le cruzaron las nalgas, cubriéndoselas de largas estrías de color violeta. A cada nuevo golpe, Vincent le daba las gracias a quien lo golpeaba, y su erección, según pude observar, se reavivaba poco a poco. Lo cierto es que me sorprendió aquel espectáculo, el primero al que asistía en calidad de testigo, aunque el término «mirona» sería, desde luego, mucho más apropiado, pues descubrí el placer de sorprender la humillación de un esclavo, placer que muy pronto se convierte en voluptuosidad.

Luego regresamos a nuestro hotel, donde recuperamos fuerzas antes de la última sesión, prevista para el día siguiente.

Al entrar en la mansión, Pierre me anunció, delante del Amo Julien y del Ama Maïté, que aquel iba a ser un día memorable para mí. De pronto, me encontré atada a la cruz de san Andrés, de la que formaba parte uno de los pilares de la estancia. Pierre empezó a darme latigazos ya

fustigarme todo el cuerpo, insistiendo en las nalgas, a las que, según declaró, profesaba un auténtico culto. Luego, fueron el Amo Julien y el Ama Maïté quienes me concedieron el honor de azotarme. Antes de colocarme en la picota, me desataron dé modo que mis dos orificios estuvieran perfectamente disponibles para ser utilizados. La primera penetración me resultó sumamente dolorosa, pues tenía las mucosas muy irritadas. Luego me ordenaron que me tendiera en el suelo, boca arriba y con las piernas en alto, para que todos pudieran penetrarme fácilmente. De ese modo, me poseyeron uno tras otro los invitados, que se iban sucediendo sobre mí.

Abierta como una flor, me entregué a ellos. Ya no era dueña de mí misma, pertenecía en cuerpo y alma a mi Amo.

El fuego crepitaba en la ancestral chimenea, volviendo la atmósfera aún más tórrida. Cerca de la chimenea había algunos instrumentos rituales. Se trataba de auténticos hierros para marcar, de distintos tamaños, como los que se emplea para marcar animales. El Ama Maïté se acercó a mí blandiendo un hierro que se había puesto al rojo entre las brasas.

Se adueñó entonces de mí un terror sin límites. No me sentía preparada para afrontar una prueba que podía ser insoportable incluso para esclavos aguerridos. Temblando de los pies a la cabeza, imploré a Pierre con la mirada, pero mi orgullo me impedía exteriorizar el miedo. Miedo a la mutilación, al dolor, a que me marcaran el cuerpo para siempre, miedo a gritar, miedo a disgustar, miedo a defraudar, miedo a mi propio miedo, que me horrorizaba…

La mirada de Pierre no se ablandó ante mis mudas súplicas. Maïté se inclinó sobre mis nalgas, que el Amo Julien mantenía inmóviles. No pude

evitar lanzar un grito de terror cuando creí percibir la quemadura en mi carne sensibilizada. Noté una ligera presión, un pellizco agudo, muy breve, y luego nada más. Desde luego, estaba marcada y bien marcada, pero sólo con tinta negra. El rito no consistía en marcarme de verdad, sino tan sólo en infundirme miedo. Me sentí aliviada ante este inesperado desenlace y, a la vez, quizá secretamente decepcionada por no haber tenido ocasión de brindarle a mi Amo una nueva y definitiva prueba de amor.

7
El orgullo de la esclava

He aquí la carta de sumisión que envié al Ama Maïté y al Amo Julien después de este encuentro memorable.

«Querida Ama, querido Amo:

»Os escribo para deciros cuán feliz me siento por haberos conocido y poder contarme entre vuestros sumisos esclavos.

»Quisiera convertirme, con vosotros y gracias a vosotros, en la esclava sumisa más meritoria que jamás hayáis conocido: dócil, obediente y agradecida.

»Me encantaría compartir nuevas experiencias con vosotros. Quisiera volver a vivir momentos tan intensos como los que vivimos en el transcurso de ese fin de semana.

»Sueño con llegar cada vez más lejos en ese terreno, y quisiera que este aprendizaje y esta progresión tuvieran lugar junto a vosotros y con vuestra ayuda. Me gustaría llegar a ser "alguien" y explorar mis fantasías a fondo, más allá de los deseos de Pierre, sin tener jamás miedo. Poder afrontarlo todo sin aprensiones, ese es mi objetivo.

»La confianza en los compañeros de juego resulta esencial en un terreno donde la sensibilidad a flor de piel debe arrostrar a veces pruebas muy duras.

»Quisiera que me ayudarais a ser la

mejor, en honor de mi Amo Pierre, mi amor, y en nombre de este Amor que no conoce límites.

»Quiero aprender de vosotros lo que significa ser una esclava perfecta para convertirme en el mayor motivo de orgullo de mi Amo. Aprender todas las cosas que todavía ignoro.

»Quisiera que me sometierais a las peores torturas y humillaciones, dejándome encerrada durante varios días, tal y como me lo sugeristeis la última vez. Deseo que me utilicéis y me expongáis como una perra sumisa y dócil para que mi carácter se pliegue a tales exigencias.

»Siento ante todo una necesidad vital de adquirir confianza en mí misma. Intuyo que esta sumisión no es más que un subterfugio para demostrarme a mí misma que soy capaz de soportar lo peor y encontrar así un equilibrio que me dé seguridad.

»Me encantaría volver a veros pronto.

»Recibid mis recuerdos más perversos,

»Laïka».

8
El hechizo del sótano

Aquella noche nos habían invitado a casa de un viejo amigo. Yo aún no lo conocía, pero intuía que Pierre sentía por ese hombre algo muy especial. Sólo sabía que Pierre quería mantener cierto misterio en torno a este encuentro con un amo harto conocido en el ambiente sadomaso, ya mis ojos eso bastaba para exacerbar mi curiosidad, a la vez que esperaba sacar mucho provecho de esta futura relación.

Ese hombre se llama Didier, y su mujer, Fiona. Había tenido ocasión de ver fotos de ella y la encontraba muy guapa.

Llegamos a Gaillac un sábado por la noche. Pierre me había descrito a Didier como un ser muy perverso que, sin embargo, sabía conciliar la amabilidad y la severidad en las sesiones de dominación. La primera impresión que tuve de él fue extraña: me desconcertaron por completo su rostro jovial, de rasgos infantiles, y la cordialidad con que nos acogió.

Cuando entramos en el salón, descubrí que era un hombre exquisito. Mientras lo oía hablar, seducida por su encanto, intuí que iba a gustarme. Pero no había acudido para que me sedujeran, sino para que él me sometiese y me adiestrara. A pesar de fa simpatía y de la dulzura que emanaba Didier, me quedé en silencio, paralizada por la aprensión.

Me atrincheré en el mutismo, el único refugio que me protegía de las torpezas propiciadas por mi falta de seguridad.

Fiona no había llegado todavía. Yo la esperaba con impaciencia, pues la presencia de mujeres siempre me infunde confianza.

El Amo Didier me atrajo hacia sí y me condujo hacia el sótano. Pierre nos seguía en silencio por el estrecho pasadizo por el que se accedía al sótano, como sucede en las mejores películas de terror. Antes de deslizarnos por ese angosto pasaje excavado en la piedra, era preciso volver a salir de la casa. Pese a mi corta estatura, me vi obligada a agacharme. Tenía miedo, y la ausencia de Fiona me llenaba de inquietud. Estaba tan tensa que, si Pierre no hubiera conocido personalmente al Amo Didier, le habría pedido que nos marcháramos de allí al instante. Poco después, sin embargo, se abrió una gran puerta de roble y descubrí, atónita, un enclave de tintes místicos y decorado con gran solemnidad.

La belleza de la estancia me dejó impresionada. Era un espléndido sótano abovedado, con las paredes de piedra vista. Varios cirios decoraban cada uno de los rincones. Las llamas de las largas velas blancas proyectaban sombras sinuosas y amenazadoras. ¡Era tan hermoso!

Fascinada por la nobleza y el evidente uso que daban a ese lugar, me dije que aquel sótano parecía haber sido concebido desde la noche de los tiempos para albergar el placer y el sufrimiento, para acoger los ritos más secretos, y no pude por menos de evocar con un estremecimiento las misas negras y otros rituales fascinantes. La luz dorada me teñía la piel. Todo mi cuerpo parecía impregnarse de polvo de oro. Me sentí irresistiblemente hermosa y, de hecho, creo que esa noche estaba particularmente bella. El Amo Didier me ciñó las sienes con una venda de terciopelo negro para taparme los ojos. Luego me ató los tobillos con correas de cuero. Unas cadenas

unían esas correas a los muros de piedra. Después me asió las muñecas, que abrió en forma de cruz, igual que los muslos, para aprisionarlas en unos brazaletes de plata que colgaban de unas cadenas suspendidas exactamente de la clave de la bóveda.

De ese modo me ofrecía a mis amos. Abierta de brazos y piernas, iba a ser azotada en esa humillante postura cuya obscenidad mitigaba en parte la luz.

Había tenido tiempo de echar un vistazo a una impresionante colección de accesorios dispuestos sobre una mesita que recordaba al mobiliario eclesiástico. En uno de los rincones de la estancia se vislumbraba un confesionario en cuya puerta se veía un agujero inspirado en los *glory–holes* norteamericanos y destinado, ahora lo sé, a alojar el miembro del hombre que desea ser honrado por la boca de la esclava oculta tras el panel del confesionario. De ese modo, el amo nunca puede ver a su esclava, de la misma manera que la esclava sólo ve el miembro de los hombres que se ve obligada a honrar.

Cuando recibí el primer latigazo, comprendí que me azotaban con una disciplina elástica para calentarme el cuerpo antes de recibir otros golpes mucho más agresivos. De la disciplina, el Amo Didier pasó a la fusta, lo supe por los trallazos que noté en los riñones. Era una fusta larga y fina, dotada de una engañosa elasticidad y cuyo aspecto era casi inocuo. Manejada con precisión, cada golpe recibido parecía distinto al anterior, según la correa de cuero cayera plana al golpearme o se abatiera sobre mí cuan larga era la vara… El Amo Didier me flagelaba con un rigor despiadado. Tanto es así que olvidé mis buenas intenciones para ponerme a gritar debido a los intolerables azotes.

Sudaba copiosamente, y todo mi cuerpo se

estiraba en una súplica muda que resultaba de lo más elocuente. Tal como lo había experimentado en ocasiones anteriores, el dolor que me atenazaba fue transformándose poco a poco en placer. Me dije que gozaba, que sufría y gozaba a la vez…

Como si hubieran adivinado el intenso placer que me embargaba, aunque había tratado de ocultarlo soltando algunos gemidos y estremecimientos, Pierre y Didier decidieron de improviso colgarme de los pezones y de los labios menores de la vulva unas pinzas cuyo peso tiraba de la carne hacia el suelo. Llevar pinzas en los pechos me gusta tanto que Pierre siempre me dice que ese es mi mayor vicio. En ocasiones, el hecho de que me pellizquen los pechos con pinzas, de una forma que puede resultar muy dolorosa, me proporciona incluso más placer que ser fustigada. En cambio, tengo los labios de la vulva muy sensibles, y que me los pincen supone siempre un tremendo suplicio que me cuesta soportar por más que me esfuerce. Cuando el Amo Didier colocó una tras otra las pinzas, cuyo peso me estiraba la piel de manera atroz, pensé que sería incapaz de aguantar. Pero la firme determinación de no defraudar jamás a Pierre siempre me ha permitido afrontar multitud de sevicias. Así pues, me concentré con todas mis fuerzas en algo que pudiera hacerme olvidar mis padecimientos, y ya había conseguido abstraerme del dolor cuando Didier anunció la llegada de Fiona, con lo que se aplacó la tensión nerviosa que me hacía temblar en el extremo de las cadenas.

Colgada de las esposas, que me segaban las muñecas, y con los muslos tan abiertos que la entrepierna me dolía, no podía moverme ni girar la cabeza para ver a la hermosa mujer que acababa de entrar en el sótano. Lo único que percibí fue su presencia, seguida del olor dulzón

de su perfume. Una mano suave me acarició las nalgas doloridas por la flagelación. El sosiego que experimenté no se debía sólo a las caricias, sino a la presencia de esta espléndida mujer a quien tenía prohibido mirar incluso cuando Pierre me quitó la venda de los ojos y liberó mis pechos y mi sexo del suplicio de las pesas de plomo. Para que no sintiera tentaciones de volverme a mirar a la bella desconocida, el Amo Didier me colocó en la boca, atravesada, una disciplina; por puro instinto, me puse a apretarla muy fuerte.

Me moría de ganas de verla. La prohibición de mirar a quienes te manipulan durante una sesión de dominación es a veces un verdadero suplicio. Se trata de una frustración hiriente, pues es la demostración palpable de que una no cuenta en absoluto, ya la vez muy excitante, porque la curiosidad es, por así decirlo, un rasgo dominante entre los esclavos.

Por fin, tras rodear mi cuerpo ya casi desmembrado, se colocó frente a mí y vi, que era aún más hermosa de lo que yo había imaginado. Era alta, esbelta, delicada; tenía mucha clase, y había algo terriblemente sexy en su mirada, en las líneas de sus labios sensuales, en sus larguísimas piernas, en su cuerpo musculoso de deportista… Fiona parecía tener una gran seguridad en sí misma. Me impresionó la serena determinación de que hacía gala. El Amo Didier me contó que había sido esclava, pero no detecté nada que me tranquilizara en ese sentido. No había nada en ella que hiciera pensar en una esclava. Al contrario, su rostro altanero recordaba más bien el de una princesa desdeñosa que hubiera venido a examinar a sus súbditos. Parecía tan apta para dominar a los hombres como a las mujeres, sino más; de ahí que imaginarla arrodillada y sumisa me resultara sencillamente imposible.

Aquella noche no llevaba más que un escueto tanga de piel de leopardo que realzaba la curva de sus espléndidas nalgas bronceadas. La espesa melena pelirroja, el rostro delgado y los relampagueantes ojos verdes transformaban, en mi imaginación, a esa esclava sumisa en una leona a punto de devorarme…

El Amo Didier se acercó a mí armado con un extraño aparato que recordaba a la vez un taladro eléctrico y un mini–aspirador. Más tarde descubriría que se trataba de un vibrador muy especial que había hecho traer desde Estados Unidos. Cuando el Amo Didier puso en marcha el mecanismo eléctrico, se oyó un zumbido sordo. Yo estaba tan abierta de piernas que no tuvo el menor problema para acceder a mi clítoris y aplicar allí la ventosa. Al instante me recorrió un vertiginoso escalofrío como si me hubieran conectado a una corriente eléctrica tan deliciosa como insoportable. Noté que los pezones se me endurecían y las entrañas se me licuaban, y no tardé en comprender, con los ojos desorbitados de sorpresa y horror, que si el Amo Didier no detenía el mecanismo enseguida, empezaría a chorrear de placer como una principiante. El hecho de que me pusiera a aullar como una perra incitó al Amo Didier a aumentar la presión del instrumento infernal entre mis muslos, que temblaban de excitación. Entonces, bruscamente, dejó de presionar y apagó el aparato. Me quedé colgando en el vacío, con las piernas todavía sacudidas por irreprimibles temblores y el corazón a punto de estallar. Estaba tan mojada que por un momento pensé que los fluidos vaginales se me escurrían hasta los muslos. Mientras recobraba poco a poco el aliento, Didier, acompañado por Pierre, pasó por detrás de mí para inspeccionar los estragos que el atroz vibrador había causado en mi cuerpo.

Unos dedos enfundados en látex separaron los labios de la vulva y se adentraron en mi vagina para calibrar la humedad involuntaria que el contacto del aparato había suscitado. Luego me separaron las nalgas. Percibí el centelleo de una linterna y me di cuenta de que me iban a inspeccionar de forma aún más íntima, primero con los dedos enfundados en látex, después con un especulo cuya acerada frialdad me hirió el ano, que se abrió poco a poco debido a la presión del instrumento, que iba dilatándolo hasta provocarme dolor. Fue entonces cuando tuve que oír el comentario humillante de Pierre y el juicio del Amo Didier sobre esta parte tan secreta de mi cuerpo, una parte que nunca antes había sido violada de ese modo.

Didier dejó el especulo abierto entre mis nalgas y volvió a poner en marcha el mecanismo vibratorio. Un placer vertiginoso volvió a apoderarse de mí de manera instantánea, y le oí decirme: «Aprovéchalo, te damos permiso para gozar».

Sin necesidad de que me repitieran la orden, gocé como una demente. Me entregaba al placer con absoluta libertad, sin contención alguna y sin poder detenerme. Había dejado de ser yo misma. Jamás, hasta ese momento, habían reaccionado mis entrañas de aquella manera: chorreaban de placer sin que yo pudiera evitarlo. Los tibios jugos se escurrían a lo largo de mis muslos, lo que me procuraba una sensación nueva que era humillante y, a la par, placentera Pierre y Didier acababan de demostrarme que yo no era sino un objeto privado de voluntad, incapaz de contenerse y de resistirse al orgasmo. Mi Amo interrumpió bruscamente mi placer con estas palabras: «Eres indecente, Laïka», pero eso sólo logró centuplicar mi goce…

Me desataron para que descansara un poco,

pero este interludio sólo duró el tiempo necesario para preparar el potro de tortura en el que me ordenaron que me colocara. Obedecí con docilidad y de buen grado, porque había llegado el momento en que Fiona iba a ocuparse de mí. Empezó por acariciarme largo tiempo con la fusta fina de cuero trenzado que llevaba sujeta a la muñeca por una delgada correa. Jugueteó con mi vulva, excitando el clítoris, separando las carnes y penetrándome con el mango de la fusta. Después me acarició el cuerpo con asombrosa suavidad y desencadenó en mí visiones fulgurantes en las que decenas de mujeres que tenían los rasgos de Fiona se abatían sobre mí para violentarme con aterradora crueldad.

Temía el momento en que Fiona decidiera utilizar los accesorios de látex que se alineaban de la forma más ominosa sobre una mesa baja cubierta con un sudario negro. Los había observado con el rabillo del ojo durante el breve intervalo en que pude recobrar la calma: los había de todos los tamaños y texturas, y cada uno tenía una forma extraña, apropiada para los orificios que debían penetrar y para las sensaciones que tenían que provocar. El más terrorífico medía más de cuarenta centímetros de longitud y los dedos de mi mano no hubieran bastado para rodearlo. A decir verdad, estos sucedáneos del miembro viril se me antojaban bastante angustiosos, pues mi imaginación veía en ellos un grado de obscenidad y de perversión que ni los más severos artilugios auténticamente sadomasoquistas poseen.

Como me temía, Fiona cogió un instrumento de látex hinchable y, bajo mi aterrada mirada, se cercioró de que funcionaba. Mediante una pera, el tronco del pene se hinchaba paulatinamente hasta cobrar un impresionante volumen cónico, tanto que pensé que iba a estallar.

Con suavidad y determinación, Fiona me introdujo el instrumento. Sin apartar de mí su intensa mirada, procedió a hincharlo, de modo que mi vagina se dilató de manera inexorable. Aunque indolora, la sensación era en verdad insoportable. Tenía la impresión de que mis entrañas se dilataban y que mis carnes íntimas retrocedían ante su avance para después expandirse ante la invasión del enorme cilindro cónico que parecía clavárseme hasta lo más profundo. Me odié por no ser capaz de dominar el lacerante orgasmo que se fraguaba dentro de mí para demostrarme ——como si a esas alturas hubiera necesitado una prueba más— que estaba convirtiéndome en aquello que Pierre deseaba que fuera: una ninfómana exacerbada, un animal servil a merced de los goces más perversos. Pese al placer que me abrasaba, me humillaba que mi excitación sexual dependiera de ese cilindro de goma que pretendía proporcionarme tanto goce como el miembro de mi Amo. Mi mente no podía sino rechazar cualquier placer al margen del que Pierre me procuraba cuando hacíamos el amor, pero, al hilo de aquellas experiencias, sentía que mi voluntad perdía terreno poco a poco y que cada vez me tornaba más receptiva a prácticas que, sólo unos meses antes, me habrían sublevado.

La teoría que empezaba a forjarse en mi mente echaba por tierra cuanto hasta ese momento me habían enseñado: ¿Acaso lo esencial consistía en obtener placer, sin que importara la manera en que puede o debe obtenerse?

Pierre interrumpió estas reflexiones al ordenarme que me arrodillara para recibir algunos latigazos que marcaron mis pechos con unos largos tajos. Durante mucho tiempo, había de exhibir aquellas marcas con orgullo.

Llevo los estigmas de la realidad de mi amor.

Me gusta contemplar en el espejo las huellas que las pruebas sufridas durante las sesiones de sumisión al ser amado han dejado en mí. Hago el recuento de los rasguños y de las estrías que atraviesan mi piel nacarada para revivir aquellos intensos momentos de abnegación, como si esta abnegación fuera capaz de regenerarme y de lograr que yo renazca más bella y más amada.

Me he convertido en una persona distinta. He cambiado mucho, he aprendido a dominarme, a reprimir mi agresividad y, sobre todo, a comunicarme. En realidad, estas prácticas constituyen un nuevo lenguaje corporal, un nuevo medio de expresión que me ha revelado Pierre a través de nuestras fabulosas experiencias sadomasoquistas.

Después de que Fiona me hubo separado las nalgas y hundido entre ellas un nuevo artilugio, más ancho pero muy corto, que resolvió dejar en mi interior hasta el final de la velada, nos fuimos a cenar al inmenso salón, donde nos sirvieron una comida deliciosa. Lo cierto es que todos estábamos muertos de hambre. Mientras sucumbía al pecado de la gula, deleitándome con el *foíe–gras* y los *ceps*, olvidé mi condición. Y eso que estaba sentada a la mesa con los pechos al aire, empalada por el consolador de látex, que dilataba al máximo un orificio estrecho por naturaleza para facilitar las penetraciones a las que había de someterme, no sin complacencia, una vez acabada la cena.

Recuerdo con especial cariño esta tregua en el sótano mágico. Tuve la sensación de que cuanto había sucedido entre Fiona, Didier y nosotros hubiera superado el simple ritual para adquirir una importancia que el porvenir confirmaría.

9
Fracasos

A poco que uno pretenda apartarse de los caminos trillados y surcados por la mayoría, vivir plenamente la sexualidad es un lujo que no está al alcance de todo el mundo. La libertad sexual es más un concepto mediático que una realidad en la Francia profunda. El asunto se vuelve aun más complejo en el terreno en el que Pierre y yo nos movemos, ya que el sadomasoquismo es la fantasía sexual por excelencia, la apoteosis de la libertad sexual para muchos seres condicionados por una educación frustrante —y sé muy bien lo que digo —. Es él nuestro un ámbito que suscita a la vez envidia y temor entre los no iniciados, quienes a menudo dan vueltas en torno al sadomasoquismo como su este fuera una hermosa mujer de vida alegre a la que no se atrevieran a abordar. La principal confusión de estos profanos en lo que respecta a los placeres del cuero negro reside en que mezclan el ritual, el posicionamiento afectivo y psicológico del amo y de su esclava, con el trivial intercambio de parejas practicado aprisa y corriendo por gente que sólo se reúne para poner a prueba sus celos, su complacencia o su venalidad. Nosotros no hemos cedido jamás a las presiones de estos amantes del intercambio de parejas, que en ocasiones se esconden, mal que bien, bajo supuestas «invitaciones de carácter sadomaso» que no pocas veces nos han traído desengaños y amargas decepciones.

¡Cuántas veces nos ha engañado alguno de estos oportunistas que ven a los adeptos a la

sumisión como proveedores para sus desenfrenos! La imagen de la mujer esclava prestada por su amo atrae a numerosos solitarios, sin perversiones dignas de ese nombre, que lo único que quieren es quedarse a solas con la esclava para desahogar con ella un cúmulo de frustraciones que casi siempre van acompañadas de desprecio e insultos. Cuántos kilómetros habremos hecho —Pierre no vacila en atravesar toda Francia para acudir a una invitación que le parece atractiva, y a veces llegamos a recorrer dos mil kilómetros en un fin de semana para celebrar con algún grupo de amigos una «fiesta del cuero»— sólo para encontrarnos frente a un individuo cauteloso e hipócrita cuyo único deseo consiste en utilizar a la bella putita en que me convierto para los demás en el contexto específico del universo al que Pierre me ha iniciado.

Falsas mansiones que de pronto quedan reducidas a triviales dormitorios, falsas veladas rituales animadas por viejos solterones que carecen de una mujer que se lo deje hacer todo, falsos amos sin autoridad, falsos perversos sin fantasías. La publicidad engañosa es una moneda corriente en las inmediaciones del mundo del sadomasoquismo puro.

Por no hablar de los individuos brutales y groseros que están convencidos de que se domina pegando; de los enfermos mentales que atan a su presa y la abandonan durante horas para masturbarse en secreto, incapaces de hacer nada más; de los estafadores que piden dinero por prestar un equipo que se reduce a una vaga batería de cocina amañada; de los embaucadores que alquilan los servicios de una profesional para fingir que forman una pareja de iniciados; de los inevitables bromistas que te citan en el otro extremo del país y nunca aparecen; de todos los

que no quieren más que echar un polvete rápido, tal como en su inconsciencia lo confiesan ellos mismos, con un cinismo inherente a su libido primaria y a su cultura sexual, que se limita a la lectura de algunos libros pornográficos de supermercado.

Esta penosa miseria sexual nos reafirma en nuestra elección: el sadomasoquismo es un arte, una filosofía, un espacio cultural vetado a los mentirosos y a los hipócritas redomados.

10
El embrutecimiento

En el curso de un fin de semana que pasamos en París y en Versalles, tuve la curiosa sensación de que el tiempo se detenía, como si este quisiera prolongar eternamente el presente.

Nos habían invitado a Versalles, a casa de una pareja de dominadores de unos cuarenta años. Habíamos coincidido con Patrick y Ghislaine en Sarlat y en Cap d’Agde, y luego volvimos a verlos en varias ocasiones.

La cita era cerca del palacio, en el último piso de un edificio burgués, en un local pequeño y discreto, especialmente acondicionado para los ritos sadomasoquistas. Pierre y yo, que nunca habíamos visto nada semejante, nos quedamos asombrados ante el número y la variedad de los instrumentos destinados a la celebración de los ritos y las pruebas. Me fascinó aquella modesta caverna cuyos treinta y cinco metros cuadrados bastaban para albergar más objetos de los que poseían todos los dominadores que habíamos conocido hasta entonces. Había un impresionante surtido de disciplinas (con mango de cuero, de cuerda, de metal, de marfil; con las tiras trenzadas, plomadas, con pinchos incrustados, de cuerda e incluso de terciopelo…), látigos de todas las épocas (algunos comprados en anticuarios y procedentes de colecciones particulares o de prisiones, de esclavos de países lejanos…), potros de tortura (uno de ellos comprado en las salas de tortura auténticas de un castillo del Macizo

Central), así como una colección muy completa de vibradores y de todo tipo de consoladores (uno de los cuales se remontaba a la antigüedad egipcia…).

Nuestros anfitriones nos contaron que la velada tendría lugar en París, en casa de una célebre dominadora muy respetada por su refinada forma de tratar a los esclavos, que acudían a ella desde los lugares más remotos de la Tierra.

¡Alexia! Había oído los comentarios más elogiosos y estimulantes sobre esta emblemática figura del sadomasoquismo. Estaba convencida de que se trataba de ella, y la perspectiva de conocer a semejante eminencia me asombró tanto que, una vez más, afloró mi timidez.

Lo primero que hicieron en cuanto llegué fue vendarme los ojos para aumentar mi angustia. Mi júbilo fue tal que se lo agradecí en secreto a mi Amo, pues a pocos esclavos se les concede estas muestras de honor.

De pronto, me encontré sentada en un confortable sillón de cuero, probablemente en el salón. Una mano me había obligado a separar con suavidad las piernas y una lengua dócil rendía homenaje a mi intimidad. El placer que me produjo esta boca golosa no había de durar mucho, pues no tardaron en agarrarme, arrastrarme y empujarme contra un muro donde me azotaron con severidad y sin preparación alguna. Antes de que fuera capaz de saborear el dolor, me llevaron a una mesa donde me tumbaron boca arriba y me ataron fuerte, con los pezones oprimidos por unas pinzas unidas a unas poleas que tiraban dolorosamente de ellos al menor movimiento.

Me abandoné suavemente a esta «tortura», nueva para mí, mientras saboreaba la extraña dicha de la sumisión. Volvía a ser lo que quería

ser, un simple objeto al servicio del amo al que amaba, el objeto que todo hombre codicia, entregado al capricho de mi Amo, que podía disponer de mí y ofrecer mi cuerpo a quien le pareciera. De ese modo, era yo misma sin serlo del todo, puesto que ya no me pertenecía.

Había subido un nuevo peldaño en la jerarquía de la esclavitud. Era como si aquella noche hubiera recibido el título de nobleza al manipularme una gran dignataria de la orden de las dominadoras. En la mente de una esclava, eso justifica todos los tormentos, todas las flagelaciones, todas las ofensas.

Pierre me poseyó de forma salvaje frente a los testigos de mi degradación. Yo le ofrecía mi intimidad y él me violaba de modo brutal, sin el menor miramiento. Sin embargo, me gustaba. Ya no podía prescindir de sus fieros asaltos, violentos pero apasionados.

De regreso a Versalles, Pierre decidió probar ciertos objetos que estaban a nuestra disposición en el local donde íbamos a dormir. Me utilizó a su antojo e hizo uso de mi cuerpo en todas las posturas. Me enardecía que me poseyeran de cualquier modo y con cualquier cosa, con tal de que el objeto del delito tuviera forma cilíndrica. Cuando la noche estaba ya muy avanzada, volvió a hacerme gozar un sinfín de veces con un vibrador provisto de una ventosa que me dejó exhausta.

Al día siguiente, iban a proceder a «mi embrutecimiento». Yo ignoraba aún lo que significaba con exactitud esta expresión. Como solía sucederme ante una prueba desconocida, temía no ser digna de mi Amo y defraudarlo. Durante todo el día sentí una angustia indescriptible, y la noche me encontró ansiosa y excitada. Esperaba que la prueba estuviera a la altura de mi ambición y que hiciera retroceder los

límites de lo que me parecía tolerable. Me vendaron los ojos antes de atarme a una mesa, con las piernas y los brazos separados. El Amo Patrick explicó tranquilamente a los invitados, para mí invisibles, que yo había recorrido más de seiscientos kilómetros para que me poseyeran como a una puta. Los hombres se acercaron a mí y, de repente, noté docenas de dedos que me palpaban, se introducían dentro de mí, hurgaban y me dilataban. La sensación era muy embriagadora. El que me expusieran de esa manera ante desconocidos me procuraba una borrachera de placer.

Mi ansiedad se disipó por completo. El amor a mi Amo me llevaba a convertirme en una perfecta puta, una puta de cabo a rabo, sin voluntad, sin condiciones, sin sentimientos.

El Amo Patrick interrumpió con cierta brutalidad la sesión, que le parecía demasiado suave y que me proporcionaba un placer al que no tenía derecho alguno. Me desataron para colocarme en el potro y tuve que aguardar allí unos minutos en la infamante postura de la puta entregada que acepta su condición antes de que miembros desconocidos empezasen a penetrarme. Muy poco después, comenzaron a hurgar en mi interior, a violentarme, a maltratarme, a sodomizarme. Ya no era más que una cosa muda y abierta, una auténtica puta barata, puesto que así lo exigían la voluntad y el placer de Pierre.

Para una joven educada en la hipocresía de la burguesía convencional, ¿no es el peor de los insultos que la traten como a una puta? Convertirse en una fulana, ¿no es acaso el destino maldito, la enfermedad infamante, una especie de enfermedad venérea perceptible a simple vista, el castigo divino que se abate sobre aquellas que de adolescentes se maquillaban o llevaban ropa

demasiado corta? Hacer de prostituta, ¿no es acaso el tabú supremo de los envarados burgueses que se reúnen en corro en sus salones relucientes con ocasión de una partida de bridge? Sin embargo, en aquel preciso instante me había convertido en una puta y me comportaba como tal.

Esta revelación supuso un golpe que me trastornó hasta el punto de no poder contener el llanto. ¿Acaso era ya una perdida? ¿Cómo era posible que yo experimentara esa satisfacción malsana al prestar mi cuerpo como un objeto sin valor?

Pierre, que había adivinado las emociones contradictorias que me sacudían con violencia, interrumpió al instante la sesión, me arrastró fuera de la habitación y me tranquilizó con caricias y palabras de consuelo. Me recordó que nuestra excepcional complicidad le confería a nuestro amor un valor y una riqueza que los demás no podían ni siquiera sospechar. Reprimí los sollozos diciéndome que no tenía el menor derecho a dudar, pues Pierre no me imponía nada que yo no quisiera. Todo lo que él imaginaba se hallaba en íntima sintonía con mis fantasías, sin duda inconscientes. Lo cierto es que me conozco demasiado como para equivocarme en eso. Desde la infancia no he sido otra cosa que una eterna rebelde. Nadie ha conseguido jamás imponerme algo que yo no haya deseado o esperado, aunque no siempre tengo el valor de confesármelo.

Cuando por fin volví a ser dueña de mí, le pedí a Pierre que me llevara de vuelta al salón, donde los hombres aguardaban mi regreso. Aparecí con los ojos nuevamente vendados, desnuda, erguida y orgullosa, de la mano de Pierre, que me condujo hacia el círculo de hombres excitados. Sin que me lo ordenaran, me arrodillé para meterme sus vergas en la boca, una tras otra, hasta que todos

alcanzaron el orgasmo y se desahogaron en mi rostro, en mis manos o en los pechos que yo les ofrecía.

La velada acabó en un célebre local de intercambio de parejas situado en las afueras de París. Para la ocasión, me pusieron unas medias de rejilla, un arnés, un bustier de cuero y una capucha que el Amo Patrick había confeccionado con sus propias manos y me había regalado segundos antes de entrar en ese establecimiento conocido por sus magníficas noches de cuero. La capucha, que sólo dejaba entrar el aire por una abertura practicada a la altura de la boca, de forma que esta estuviera disponible por si alguien quería utilizarla, me apretaba en la nuca y me tapaba los ojos. Percibía presencias e intuía el peso de las miradas que parecían pegarse a mi piel, sobre todo en la entrepierna, donde sentía clavarse todas las miradas, lo que me provocaba una quemazón en ese preciso lugar. La máscara de terciopelo negro me aseguraba un anonimato gracias al cual podía hacer lo que me viniera en gana. Amparada por esta certeza, perdí la vergüenza y pedí permiso a mi Amo para orinar delante de los comensales que se hallaban en el pequeño restaurante contiguo al bar y a las salas donde tenían lugar los encuentros. Tras agacharme sobre el cubo de hielo para champán que Pierre me tendió con orgullo, me meé ante el estupor del camarero, que, sin embargo, debía de haber presenciado toda clase de excesos en este local privilegiado.

Pierre me llevó hasta el bar atada con correa. Lo seguí dócilmente, andando a gatas y sin ver nada todavía. Me hizo subir a una especie de mesa de billar, donde recibí una azotaina que me tiñó las nalgas de rojo. Un esclavo masculino recibió la orden de lamerme la grupa para calmar mi dolor.

La lengua de aquel desconocido me llevó hasta la cumbre de la excitación, y cuando Pierre me quitó la capucha y vi a la multitud que se agolpaba a mí alrededor, con los ojos brillantes, los labios temblorosos y las manos crispadas sobre las vergas o las vulvas, me abandoné sin freno a un goce que estalló sin que pudiera hacer nada por controlar su intensidad.

A continuación quedé expuesta en una cabina acristalada que evocaba el escenario de un *peep–show*. Pierre me ordenó que me exhibiera sin pudor alguno, abriendo aún más, con sus propias manos, las partes más íntimas de mi cuerpo. Me obligó a levantar la cabeza y vi a una multitud de hombres apretujados unos contra otros que se sacudían furiosamente los miembros hasta que una ráfaga de salpicaduras vino a saludar mis poses cada vez más procaces.

Yo, que siempre dudaba tanto de mi poder de seducción, comprendí que era la fantasía erótica de todos aquellos mirones. Había encendido el deseo tanto de los hombres como de las mujeres. Cumpliendo a conciencia la tarea encomendada por mi Amo, me había convertido en la digna putita que él deseaba que fuera.

11
El cinturón de castidad

Recibí por correo un regalo que el Amo Patrick había confeccionado para mí. Se trataba de un cinturón de castidad que no sabría cómo calificar. Si no temiera resultar trivial podría decir sencillamente que era bello, pero también era elegante, aterrador, impresionante, con clase…

Deseosa de probar de inmediato el artilugio, me lo puse como sí de unas simples bragas: se tratara. Sentado frente a mí, Pierre contemplaba apreciativamente los exagerados contoneos que yo daba, deseosa de gustarle y con la esperanza de que aquella sesión de ensayo evolucionara con rapidez. El cinturón de castidad era exactamente de mi talla. Llevado por un lógico afán de eficacia, su creador había abierto dos orificios que permitían el paso de pequeños artefactos cilíndricos.

Cumpliendo órdenes de Pierre, me entregué a las tareas domésticas rutinarias equipada de esa guisa, bajo su mirada atenta y ardiente. Mi Amo me observaba con súbita voluptuosidad mientras yo pasaba el aspirador por la moqueta, inclinándome hacia delante para introducir el tubo por debajo de los muebles rústicos que decoran nuestra casa.

Llegó entonces la hora de irme a clase, pues las intensas actividades organizadas por mi dueño y señor no me impedían asistir al segundo curso de carrera. Temerosa de que alguna de mis amigas me sorprendiera con mis arreos y adivinara la naturaleza de la pasión que me unía a Pierre, me

separé no sin pesar de aquel accesorio simbólico y excitante. Estaba ya a punto de irme cuando mi Amo me ordenó que me quitara las bragas para que caminara por las calles de la ciudad sin nada debajo de la ropa, tal y como correspondía a mi condición de esclava sumisa.

Por la noche, esperé a Pierre con impaciencia, tratando de adivinar el programa que habría imaginado para celebrar la llegada de aquel hermoso objeto que tantas fantasías eróticas suscitaba. Pierre, que estaba de buen humor, me preguntó qué tal me había ido el día y me propuso llevarme a acabar la velada a un local de intercambio de parejas de Toulouse. Su plan me encantó. Ardía en deseos de exhibirme ante los habituales de ese lugar, con el orgullo de no pertenecer sino a aquel a quien seguía con absoluta fidelidad.

Era la primera vez que Pierre me invitaba al Baskin, de cuya decoración lo menos que puede decirse es que resultaba insólita. Una jaula de metal cromado y decorada con cadenas ocupaba el centro de la pista. Estaba impaciente por mostrar a aquellos desconocidos la belleza de mis arreos.

Pierre me dijo que esa noche estaba particularmente hermosa. Y aquel piropo, que me llegó hasta lo más hondo, tuvo la virtud de proporcionarme algo más de seguridad en mí misma. Llevaba medias negras con costura, el cinturón de castidad y una amplia chaqueta de seda negra que dejaba entrever mis partes íntimas. Un collar de perro con adornos de metal plateado, en el que habían engastado una anilla pequeña destinada al mosquetón de la correa, le confería a mi atavío un efecto irresistible.

En la pista de baile, Pierre me hizo adoptar poses provocativas. Cuando más embriagada me sentía por esta nueva prueba de complicidad que

esperaba de mí, me ordenó que atizara el deseo de los desconocidos y jugase a seducirlos. Me excedí en mi celo hasta convertirme en una criatura obscena y vulgar.

Con un sutil movimiento, me enrosqué alrededor de su brazo y me quité la chaqueta, de modo que me encontré casi desnuda frente a los atónitos asistentes. Pierre me atrajo hacia sí por el cabello. Apasionado, me besó con voluptuosidad. Yo pude sentir los violentos deseos que le acometían. Una vez más, me hacía dichosa al honrarme y sorprenderme. No cabía en mí de orgullo, pues me sentía elegida y homenajeada.

Mientras Pierre iba descubriendo mis partes íntimas, empezó a preguntarme lo bastante alto para que los silenciosos espectadores pudieran oírlo:

—¿Quién es tu Amo, Laïka?

—¡Tú eres mi único Amo! —respondía yo, cerrando los ojos con recogimiento.

Cuando los espectadores menos tímidos empezaron a acercarse a nosotros con la natural intención de aprovecharse del espectáculo que les ofrecía, mi Amo me hizo ponerme a gatas y retiró del cinturón de castidad el largo consolador de ébano que Pierre me había colocado allí al principio de la velada. Mi Amo me ordenó entonces que borrara con la lengua las visibles huellas de mi excitación.

Acto seguido, tras juzgar que ninguno de los testigos allí reunidos era digno de compartir nuestra complicidad —notábamos vibraciones negativas e incluso agresivas—, Pierre me echó la chaqueta sobre los hombros y abandonamos ese lugar y a esas gentes mediocres para entregarnos solos al amor.

Pierre me obligaba a menudo, en función de su humor y sus fantasías, a llevar el cinturón de

castidad.

Un día se le ocurrió obligarme a llevarlo para ir a clase. Yo estaba aterrada y, por primera vez, me opuse a algo que él me pedía. Pierre me preguntó entonces dónde estaban mis bellas promesas de sumisión. Si era su sometida, debía obedecerle. Yo me mantuve en mis trece, arguyendo que sólo me convertía en un objeto en nuestros intensos juegos, pero jamás en la vida cotidiana. Pierre replicó que tendrían que volver a adiestrarme, pero yo no cedí. Por primera vez lo vi furioso. Nos separamos sin decir palabra. Él se marchó, y yo me eché a llorar.

Me puse entonces a reflexionar en todo eso. ¿Acaso hacía mal al negarme a cumplir una orden tan simple? ¿No sería que me mostraba demasiado sensible al aspecto simbólico de ese objeto, que tenía aún para mí resonancias bárbaras? ¿O quizá mi orgullo era en verdad más fuerte que mi amor? ¿Acaso significaba aquello para Pierre una prueba de amor sublime? Inmersa en amargas lamentaciones y sombríos arrepentimientos, durante todo el día me invadió un sentimiento de culpa. Por la noche, cuando Pierre regresó, me eché a sus pies y le prometí que accedería a llevar el cinturón con una sola condición. Me miró de arriba abajo con altivez, pero acabó por preguntarme cuál era aquella indigna condición. Yo le imploré que no me obligara a colocar un consolador en mi cinturón de puta (empleé adrede la palabra puta, que sabía que haría mella en mi Amo). Tras acoger mi petición con un largo silencio, Pierre me hizo saber a regañadientes que estaba de acuerdo y que daba su consentimiento a esa demostración de flaqueza.

Ese día tuve que soportar en la facultad el único suplicio al que Pierre no pudo asistir. Me quité el abrigo, pese a que temía que el cinturón se

adivinara bajo el vestido ceñido. Una vez sentada y absorta en la clase de literatura norteamericana, que ese día versaba sobre *Fiesta*, una obra de Hemingway, empecé a notar que el cinturón me molestaba y que incluso se volvía particularmente doloroso. La correa de cuero que pasaba entre los muslos me oprimía el clítoris de forma abominable. Las muecas que hice provocaron sonrisas en mi vecina, pero pronto no pude aguantar más y empecé a retorcerme como una histérica en la silla con la esperanza de desplazar la horrible correa. Mis amigas me miraron varias veces con asombro, pues normalmente soy formal y reservada, y mi agitación acabó por llamar la atención del profesor.

—¿Tiene usted algún problema, señorita Duriès? —me preguntó.

Roja como un tomate, le aseguré que estaba bien. ¿Cómo iba a confesarle que un modelo de cinturón de castidad, directamente inspirado en unos dibujos que se remontaban a la Inquisición, estaba atormentando la parte más sensible de mi anatomía?

12
Prostitución

Pierre me había asegurado que íbamos a pasar un fin de semana excepcional y agitado. En la sempiterna necesidad que sienten los amos de renovar su programa veo la angustia que los atenaza ante la posibilidad de decepcionar alguna vez a aquella a quien han esclavizado.

El Amo Patrick y el Ama Ghislaine nos habían invitado a una fiesta y nos recibieron con evidente placer. Yo me alegraba mucho de volver a verlos, pero me abstuve de exteriorizar este sentimiento, tal y como Pierre me había enseñado. En las relaciones sadomasoquistas siempre conviene mantener cierta distancia. Es indudable que, si se quiere preservar cierto misterio, hay que evitar implicarse demasiado en el terreno afectivo con los amos o con los sometidos. He aquí una regla de oro que aplican los más veteranos y que permite que las relaciones prosigan sin dependencias de ninguna clase.

Con todo, encontré la forma de expresar mi gratitud a la pareja que nos recibía. En la calle que llevaba al restaurante donde íbamos a cenar, tomé la iniciativa de pedir permiso al Ama Ghislaine para desahogarme allí mismo, junto a la acera, y ella, gratamente sorprendida, me lo concedió. Me agaché, pues, entre dos coches como la perra que quería ser aquella noche y di rienda suelta a esta necesidad fisiológica, con el placer añadido de que me contemplaran en esta postura íntima. Cuando nos disponíamos a entrar en el restaurante, el Amo Patrick, sin darme tiempo a hacer una sola

pregunta, me empujó al interior del vestíbulo de un edificio y, al tiempo que me tendía un pequeño radiocasete, me ordenó que escuchara la cinta que había colocado en su interior y siguiera las instrucciones al pie de la letra. Algo trastornada ante la idea de no superar esta prueba inesperada, traté de que mi mirada se cruzara con la de Pierre.

¿Acaso iba a quedarme sola, a solas conmigo misma? No, Pierre no podía hacer eso; no tenía derecho a hacerme eso. Yo no merecía que me dejara sola. ¿Cómo iba a ingeniármelas?

«Pierre, quédate conmigo; ¡no me abandones! Sin ti, sabes que ya no soy nada. No me dejes sola, porque no podré hacer nada. No lo conseguiré. Nada es posible sin ti…».

Empezaron a temblarme las piernas. Todo se desmoronaba a mí alrededor. Perdía pie. ¿Tendría acaso el valor de apretar el botón que rezaba «*on*» y escuchar las instrucciones?

Me quedé paralizada, con las ideas atropellándose en mi cabeza. Hasta que, al final, pensé en mi Amo, en nuestro amor y, sobre todo, en el orgullo que sentiría él, y que sentiría yo, cuando todo hubiera acabado y le contara la historia.

Cuando conseguí controlar los latidos de mi corazón, apreté el botón para escuchar la cinta. Las palabras y las frases del Amo Patrick llegaron, una tras otra, a mis oídos. He aquí, palabra por palabra, las órdenes que se me dieron:

«Pulsa el botón marcado con el nombre de Albert que hay en el vestíbulo. Toma el ascensor hasta el segundo piso y dirígete a la puerta de la derecha. Te abrirá una mujer joven y muy bonita. Debes desnudarla y hacerle el amor sin quitarte la ropa. Luego recibirás a un hombre con quien te comportarás con amabilidad, tacto y elegancia. Lo harás entrar en la habitación y le pedirás

trescientos francos. Le desabrocharás el pantalón antes de quitarle la ropa y ordenarás a Valérie que te desnude. Luego le pedirás que masturbe al hombre y, cuando el miembro esté lo bastante erecto, te lo meterás en la boca. Entonces te tumbarás en la cama, procurando abrirte bien de piernas. Cuando te hayas tumbado, te ofrecerás a él para que te posea como a una puta. No olvides que eres una puta. Una vez que el hombre se haya desahogado, Valérie te lamerá hasta que alcances el placer en su boca. A continuación, las dos os dirigiréis a la ducha y allí el hombre os orinará encima, ya que esa es su fantasía. Debes someterte sin decir palabra. Luego te orinarás sobre Valérie y ella hará lo mismo contigo. Te someterás y cumplirás tu cometido como una puta digna de ese nombre».

Pulsé el botón del interfono: sin ese gesto nada podía empezar. Me temblaban las manos y notaba que mi cuerpo era más vulnerable de lo que jamás había sentido.

Aunque no se oyó voz alguna, la puerta se abrió. Tras entrar en el vestíbulo del edificio, me dirigí al ascensor. Todavía estaba a tiempo de dar media vuelta, pero ya no quería retroceder. Llamé a la puerta casi sin darme cuenta. Me faltaba ya el aliento cuando apareció una joven muy hermosa: era realmente soberbia, debía de tener mi edad. Me sentía tan turbada y excitada, pues todo lo que tenía que hacer con Valérie se me antojaba ahora de lo más agradable, que olvidé desnudarla; esa sería mi primera falta. Se desnudó ella misma, con gracia y naturalidad. Tenía un cuerpo tan perfecto que todos mis complejos afloraron de repente. Conozco mis imperfecciones. Pierre no pierde la oportunidad de criticarlas con crueldad cuando está furioso. Lo cierto es que, si no hubiera recibido la orden de lamerla, me habría

abandonado de buena gana a sus caricias. Me resultaba difícil escapar a su abrazo. Me sentía torpe, indecisa, aturdida e incapaz de tomar la iniciativa, tal como me habían ordenado. Si no quería cometer el segundo error, tenía que reaccionar. Había empezado a besarle el sexo, suave, húmedo y delicadamente perfumado, cuando llamaron a la puerta. Valérie pareció extrañada ante aquella visita. Y entonces llegó mi cliente.

Al verme de pronto reflejada en un espejo, comprendí por qué Pierre había insistido tanto en que me pusiera la ropa que llevaba: con aquellos tacones muy altos y finos, tenía realmente el aspecto de una puta elegante que se dispone a recibir a su cliente.

Allí estaba el hombre que pagaría por un placer que no íbamos a escatimarle.

Me oí a mí misma reclamarle trescientos francos. El hombre —se llamaba Alain— era un cliente que utilizaba con asiduidad los servicios de las prostitutas, de modo que no me convenía arredrarme. Siguiendo las instrucciones de la cinta, me dispuse a desabrocharle el cinturón del pantalón con una sonrisa pícara. Cuando quedó desnudo, Valérie cogió el miembro del cliente entre sus delgados dedos. Lo masturbó despacio, rodeando con la palma de la mano el cilindro de carne y con movimientos muy hermosos, como si amasara un pastel. Me excitaba asistir a la erección de aquel miembro que crecía y se empinaba. Contemplaba, fascinada, el voluptuoso movimiento de las manos de Valérie cuando me embargó un repentino deseo de tocar aquella verga. Quería cogerla a mi vez entre los dedos para notar su contacto duro y ardiente y exacerbar su excitación, puesto que, al apoderarme del miembro, me apoderaba también del hombre. Yo

estaba allí para que Alain saciara sus más bajos instintos y sus fantasías más viles, y no quería decepcionarlo. Deseaba sorprenderlo por mi solicitud y por el hambre de placer que encendía de pronto mis entrañas.

La verga, que ahora había alcanzado todo su esplendor, no podía ofrecer un aspecto más obsceno. Quise lavarla, pero Alain no me dio tiempo. Después de ordenarle secamente a Valérie que dejara de masturbarlo, me ordenó por señas que me tendiera en la cama, me separó las piernas y, tras colocarlas en alto, me penetró sin contemplaciones y sin que yo estuviera preparada. Aunque, en realidad, desde que lo había visto no había hecho sino esperar el momento en que aquel desconocido, a quien el simple poder del dinero le permitía utilizar mi cuerpo, me poseyera sin consideración alguna. Luego, tras ordenar a Valérie que se tendiera a su vez, la tomó con la misma brutalidad que a mí. Para cumplir sus deseos, separé los muslos antes de ponerme a gatas, con el culo en pompa, como una potranca a punto de ser montada. Aunque estaba muy excitada, no creía que pudiera gozar. Asumía el papel que me había exigido que desempeñara y me sentía realmente en la piel de una puta. Mi personalidad se desdoblaba, y ya no era Laïka, sino«la putita de mi Amo». El hecho de no gozar distaba mucho de molestarme, pues una prostituta no debe obtener placer. Y aunque el personaje que encarnaba me permitía superarme a mí misma, el hombre y su miembro no me procuraban un placer físico real. No era más que una curandera, una ayuda médica, una masajista, una trabajadora manual que se vendía por un precio concertado. Por primera vez, me prestaba a realizar hasta las últimas consecuencias la fantasía que obsesionaba a Pierre y a la que hasta entonces siempre me

había negado.

«¿Cuál de las dos quiere recibirme?», Preguntó Alain con voz ronca. Contesté espontáneamente que yo lo deseaba. Entonces me ordenó que le hiciera una felación mientras Valérie acariciaba la parte de su sexo que quedara accesible. Me apliqué a chupar con fervor la verga inflamada que se encabritaba bajo mi lengua. Alcanzó tal volumen que tuve ciertas dificultades para llevarlo a la cumbre del placer. El miembro se contrajo con violencia y a punto estuvo de salírseme de los labios, que lo aspiraron con fuerza para retenerlo. Entonces eyaculó bruscamente, y me inundó la garganta con un líquido que me empeñé en beber, con místico ardor, hasta la última gota.

Nos dijo que fuéramos a lavarnos y le propuse que nos acompañara para que así pudiera asistir a nuestro aseo íntimo. El cuarto de baño era amplio y luminoso y, allí, Valérie y yo nos sentimos a nuestras anchas para llevar a cabo la última parte de nuestro cometido. Alain se reunió con nosotras y antes de que tuviéramos tiempo de ponernos bajo la ducha, se orinó encima de nosotras, salpicándonos con un chorro abundante y tibio. Nosotras fuimos dándonos la vuelta para que cada centímetro de nuestra piel recibiera un poco de esa lluvia. La excitación que eso me produjo me incitó a regalarle a nuestro cliente el espectáculo de una escena de amor entre Valérie y yo. Empecé a frotarme contra las formas delicadas y suaves de Valérie. Yo la deseaba a ella y ella me deseaba a mí, de modo que hicimos el amor casi con ternura.

Cuando el timbre de la puerta campanilleó, Valérie se precipitó a abrir. La vi echarse en brazos de Ghislaine y no pude por menos de quedarme atónita ante la dureza con que esta la rechazó. Luego la obligó a ponerse a gatas para infligirle un severo castigo. Bajo el efecto del

dolor, Valérie no pudo contener las lágrimas, y el espectáculo de aquella muchacha tan bonita deshecha en llanto me conmovió de forma extraña.

Después de un minucioso aseo, Ghislaine nos ordenó que volviéramos a vestirnos antes de bajar a cenar.

Allí me reuní con mi Amo, que se había sentado junto a Patrick. Feliz y orgullosa tras cumplir la misión que se me había encomendado, propuse que destináramos los trescientos francos de mi trabajo a un champán Gran Reserva.

Acabamos la velada en La Coupole, y lo cierto es que nuestra entrada en la *brasserie* causó sensación. Pierre me llevaba atada por la correa con toda naturalidad y Ghislaine y Patrick nos precedían. Yo espiaba las miradas pasmadas de los clientes. Descubrí así junto a Pierre el exquisito placer de escandalizar a las personas decentes. Después de todo, ¿qué ley prohíbe que una muchacha, a todas luces una niña bien, aparezca atada en un lugar público? Nadie puso objeción alguna y yo intuí, bajo el lógico estupor que mostraban, la concupiscencia de los unos, los celos de los otros y la envidia e incluso el deseo de algunos.

El camarero nos trajo una botella de Dom Ruinart, mi champán favorito. Me saqué los billetes del corpiño de charol y se los tendí al camarero. Mi escote, que me dejaba los pechos al aire, lo tenía fascinado. Nuestros vecinos de mesa nos espiaban con mayor o menor discreción. Debía de ser la primera vez que veían atada a un pie de la mesa a una muchacha a quien un hombre llevaba de la correa como a un perro y que además invitaba a champán a sus amigos. Nuestra partida de La Coupole fue aún más espectacular que la entrada. Tan pronto como franqueamos el umbral,

Pierre me obligó a ir a gatas hasta el coche, que había dejado aparcado delante de la puerta de la *brasserie*.

Obedecí por el puro placer de jugar. El hecho de no imponerle límite alguno a aquel nuevo afán mío de provocar y de escandalizar me infundía seguridad en mí misma. Estaba convencida de que, en lo sucesivo, podría llegar hasta donde me lo propusiera, y mucho más lejos de lo que llegarían la mayor parte de mis amigas en cualquier otro terreno. Caí entonces en la cuenta de que Pierre, mi Amo, no era tal vez más que una coartada que catalizaba mis emociones, pero, aunque sólo fuera por eso, lo cierto es que se había hecho imprescindible.

Aquella noche, sólo lamenté que mi claustrofobia me impidiera acomodarme en el maletero del coche, tal como Pierre me pidió en voz alta, delante de una pareja atónita.

13
Momentos bajos

El amor y la sexualidad son tierras ardientes donde florece la sensibilidad. Y yo, que soy sensible e impresionable, tengo miedo de no conseguir ser yo misma.

Pierre es un hombre seductor. Tiene el aspecto de un hombre de negocios dinámico y elegante. Es alto y delgado, aunque, en mi opinión, no lo bastante deportista. Su afición a las cosas refinadas lo vuelve sensible a los objetos bellos, los coches bonitos, los buenos vinos, la buena mesa… y las mujeres hermosas. Eso aviva mis celos viscerales, de los que sólo consigo escapar durante nuestras sesiones rituales.

Pero no todos los tipos de mujer me inspiran celos. Las que se echan en brazos de mi Amo jugando a ser avezadas ninfómanas me exasperan hasta extremos indescriptibles. Nunca he podido soportar a las mujeres que dicen saberlo todo de la vida.

La condición de esclava que me vincula de modo tan íntimo a Pierre no me permite exteriorizar ni celos ni agresividad alguna hacia una mujer a quien Pierre pudiera utilizar en ciertos momentos, pues las mujeres que desea sólo están ahí para satisfacer sus fantasías y, como tales, hace uso de ellas. Esas mujeres no pueden imaginar siquiera que su papel estriba en permitirnos controlar esos sentimientos tan ricos y matizados que nos unen a Pierre y a mí.

Sé que Pierre siente debilidad por las mujeres bonitas y que, para él, lo más importante es

satisfacer su pasión por ellas. El pretexto de mi sumisión parece otorgarle cualquier derecho, incluso el de herir mi orgullo de mujer enamorada.

Con todo, me niego a que susciten en mí esos estados de ánimo fuera de nuestras veladas, donde las relaciones entre amos y sometidos anulan todo sentimiento de posesión.

Siempre que una mujer llama la atención de Pierre por encima de las otras, dudo, de manera inevitable, del amor que siente por mí. Cuando afirma que encuentra deseable y hermosa a una mujer, me siento humillada en lo más hondo. Y no puedo por menos de sufrir cuando la desnuda y examina su cuerpo, cuando todo su ser está absorto en ese único cuerpo y, olvidándose de mí, da la impresión de haberse enamorado de la primera desconocida que se le ha puesto delante. Presa de los celos, se me retuercen las entrañas y noto cómo una quemazón, semejante a una ponzoña que diluyera su mortal veneno, se extiende por ellas.

Puesto que soy su esclava, Pierre también puede prestarme a otros. Yo sólo accedo a ello porque lo amo. Y extraigo placer del que él toma de mí y que a veces me roba. Si le doy mi amor y me consagro a él es porque creo que sólo en la abnegación puede darse un amor de veras grande.

En ocasiones tengo la impresión de que le resulta más fácil prestarme a mí que prestar ciertos objetos que significan mucho para él. Sin ir más lejos, cierta vez cometí la torpeza de dejar un libro suyo a un amigo sin pedirle permiso. Cuando se lo dije, me insultó con todo el desprecio que suscita un esclavo que defrauda o irrita. Yo me quedé muy turbada y, cuando me vio llorar, Pierre se ablandó, como le ocurre a menudo después de un vano arrebato. Deseoso de que lo perdonara,

me tomó en sus brazos e, instantes después, yo ya lo había olvidado todo.

Los seres tienen dos caras. ¿Cómo iba yo a prescindir en lo sucesivo de un hombre tan exquisito? El temperamento fogoso que poseen ciertos individuos resulta atractivo, porque pone de manifiesto una carencia nuestra. De ese modo, en mi opinión, dos personas logran complementarse de manera absoluta.

Amo a este hombre que me hace sufrir sin ser siquiera consciente de ello. Mi naturaleza masoquista no basta para explicar esta pasión. Él es distinto a mí, y encarna esa parte de mi persona que me habría gustado ser. Lo amo por la fuerza que me insufla esa fuerza que convierte a una estudiantilla acomplejada en la heroína de una serie de noches mágicas que la mayoría de las mujeres no vivirán jamás.

Él me eleva, me proyecta. Al revelarme los abismos de mi alma magnificados, al sublimarme como esclava y hacerme aceptar mi rango de objeto, me engrandece. Ha logrado crear entre nosotros un vínculo indestructible que nada podrá desatar, y mucho menos la ruptura, pues si algún día nos separásemos, si el desamor llegara a alejarnos y nuestras fantasías se apagaran, entonces él se volvería inmortal a mis ojos.

14
Los anillos de oro

Incluso aunque perdiera la memoria, jamás podré olvidar el día de mi vigésimo cumpleaños. Ese día, Pierre vino a buscarme a la salida de la facultad, un acontecimiento sin duda excepcional. Llena de júbilo, me apresuré a entrar en su enorme y lujoso coche bajo las miradas de envidia de mis compañeros apiñados en la acera. Condujo sin decir nada a pesar de mis miradas y a pesar de que mi mano presionó con ternura la suya antes de perderse en la lanilla azul de su traje. Tras detenerse delante de la joyería más famosa de la ciudad, me indicó por señas que bajara. Me cogió del brazo y me abrió la puerta sin haber pronunciado todavía una sola palabra. Una dependienta avanzó hacia nosotros como si nos esperase. Llevaba una bandeja de terciopelo negro y nos dirigía una sonrisa algo forzada. En la bandeja, dos anillos de oro alineados centelleaban en la luz difusa de la tienda.

—Estos anillos de oro son para ti —me susurró mi Amo al oído—. Es el regalo por tus veinte años: serás infibulada. Quiero que lleves estos anillos en los labios de la vulva tanto tiempo como yo lo desee.

La emoción me embargó al oír estas palabras. Sabía que, según las costumbres del sadomasoquismo, colocar los anillos constituía una especie de consagración reservada a las esclavas y a las sometidas amadas. Era una especie de boda civil reservada a la élite de una religión que profesaba el amor de un modo tal vez insólito,

pero intenso.

Yo estaba impaciente por ser infibulada, pero Pierre decidió que la ceremonia no tendría lugar hasta un mes más tarde. Eso ilustra a la perfección la compleja personalidad de mi Amo: cuando me concede una dicha, me obliga también a desearla durante largo tiempo.

Pero el día que tanto había esperado llegó por fin.

En el local del Amo Patrick y de Ghislaine, donde nos habíamos reunido con este propósito, Pierre me ordenó que me tendiera sobre una mesa cubierta con una tela adamascada de color granate. Reparé en este detalle porque, por lo general, no me gusta este color. Pero, en la situación en que me hallaba, confería una manifiesta solemnidad al sacrificio que iba a celebrarse sobre aquel altar. No pude por menos de pensar en la sangre que quizá brotaría de mi sexo en breves instantes. Ante esta perspectiva, me quedé paralizada de angustia y todos mis esfuerzos por concentrarme fueron vanos. Sucumbí al miedo visceral que siempre me han inspirado la violencia real y las efusiones de sangre. Ghislaine, que había advertido la creciente inquietud que me invadía, sé acercó para hablarme con suavidad y tranquilizarme.

Luego todo ocurrió muy rápido. Me separaron las piernas y me ataron de pies y manos a las patas de la mesa. Pese a mi resistencia me atravesaron el labio izquierdo de la vulva El dolor era lacerante. El Amo Patrick me acariciaba para distraer mi atención y, con un movimiento imperceptible, pasó el anillito de oro que Pierre le había tendido por el labio agujereado. Para ensanchar el diminuto agujero, tuvo que separar un poco la maltrecha carne del labio. El anillo se deslizó entonces sin dificultad y el dolor no tardó en

disiparse un poco. Pero enseguida noté un nuevo pinchazo, esta vez mucho más doloroso. Mutilada en lo más íntimo, no pude evitar ponerme a gritar y a suplicar. La aguja desgarraba mis carnes en una operación cada vez más delicada y dolorosa. Cuando el otro anillo atravesó el segundo labio, sentí como si tirasen de mis carnes, como si las sajaran y las desgarrasen. Me invadían sensaciones abominables, el pánico y la desesperación…

Me habría gustado que Pierre me cogiera de la mano, que me mirase y me diera ánimos, pero estaba demasiado ocupado filmando la escena. Me sentí sola, abandonada, convertida en un espectáculo. El Amo Patrick me dijo entonces que la operación había acabado y que todo había salido bien.

Me sentí liberada, lo que no deja de ser una divertida paradoja, habida cuenta que acababan de marcarme como a un animal para proclamar en lo sucesivo ante todo el mundo que pertenecía a un solo hombre, a mi querido y venerado Amo. Y lo cierto es que nunca me había sentido tan orgullosa de que Él me hubiera elegido.

Pierre me tomó entonces una mano y me dijo que aún tenía que superar otra prueba. Muy emocionada, cerré los ojos para saborear con mayor intensidad ese instante de complicidad. Pero, cuando volví a abrirlos, advertí que en el dedo corazón de la mano derecha me habían colocado un anillo unido a la muñeca por una cadenilla muy fina. Las lágrimas me empañaron los ojos. Eran lágrimas de emoción, pero también de despecho. Para mí era más difícil llevar aquella cadena que los anillos que lastimaban mis carnes íntimas, puesto que la cadena podía traicionar mi secreto y revelar a todo el mundo la naturaleza de mis relaciones con Pierre. Esa cadena que apresaba mi mano equivalía a confesar en público

mi sometimiento al hombre de mi vida. Tenía la impresión de que, al compartir este secreto con todo mi entorno, se rompería el hechizo. Nadie lo comprendería. Nadie podría hacerse una idea cabal acerca de la autenticidad de mi dicha. Le supliqué a Pierre que me permitiera quitarme la cadenilla, pero ya estaba cerrada, de modo que tuve que esperar a que el joyero amigo de Pierre colocase un dispositivo de rosca; así podría quitármela, pero sólo cuando mi Amo me autorizase a ello.

Como llevaba el anillo cuando iba a la facultad, hubo muchos amigos que elogiaron esta joya; todo el mundo la encontraba preciosa. Cuando me hacían preguntas demasiado precisas acerca de los motivos por los que llevaba un objeto tan simbólico, contestaba lo primero que me pasaba por la cabeza. Decía, por ejemplo, que tenía orígenes malgaches y que, en aquel país, se empleaba como amuleto, para proteger el amor y la pasión de los amantes.

Desde que me infibularon, no he vuelto a llevar ropa interior. Incluso las bragas más ligeras se me hacen insoportables, me irritan y me infligen un auténtico suplicio. Pierre me obliga a ponerme bragas cuando no he sido lo bastante dócil, y puedo asegurar que es un castigo muy cruel.

Así que voy a todas partes con mi intimidad desprotegida, tanto más desprotegida cuanto que Pierre exige que vaya completamente afeitada, lisa, entregada, abierta a sus deseos, o a los deseos de los desconocidos a quienes él me destina.

15
El cuaderno negro

Siempre he tenido fama de ser muy despistada. Con todo, estaba lejos de imaginar que mi despiste acabaría por tener consecuencias dramáticas en mi vida privada.

Un día, me olvidé el bolso en el coche de mi madre. Ella se lo llevó a casa sin preocuparse por el contenido y lo dejó sobre una mesa, donde mi padre lo cogió y lo abrió. Resulta que en mi bolso había un grueso cuaderno negro donde colocaba y guardaba mis fotos más íntimas tomadas por Pierre y mis otros amos durante las sesiones, ceremonias o pruebas. Docenas de copias en color en las que aparezco, en el mejor de los casos, desnuda, pero donde la mayoría de las veces se me ve atada, con los brazos y las piernas en aspa, y penetrada por uno o varios hombres. Los primeros planos de felaciones y de sodomía alternan con las escenas sáficas y las lluvias doradas, sin olvidar las imágenes de mi infibulación y algunas fotos «robadas» en un club de intercambio de parejas en el curso de una «velada de cuero» sin que los participantes lo advirtieran.

No me di cuenta de que me faltaba el bolso hasta por la mañana, cuando me disponía a ir a la facultad, y entonces me entró verdadero pánico. Lo único que podía hacer era esperar al día siguiente para ir a recogerlo a casa de mi madre y rezarle al Cielo para que a nadie le diera por mirar su contenido.

Pero, al día siguiente, el teléfono sonó a las ocho de la mañana. Mi madre me pidió secamente

que nos viéramos lo antes posible. Aunque sentía pavor, le propuse que nos encontráramos después de clase. Ella vino a buscarme a las cuatro y media. Había pasado todo el día imaginando con angustia lo que iba a ocurrir.

Me dirigí hacia el coche de mi madre con la mayor tranquilidad de que fui capaz. Ella me miró como si nunca me hubiera visto. Su actitud, que yo conocía muy bien, era la misma que adopta cuando mi padre la acosa sin cesar o la emprende contra ella con el menor pretexto para acabar insultándola con palabras llenas de desprecio. Al sentarme a su lado, sentí una especie de náusea. Temía tanto su cólera, el juicio al que me sometería y su sentencia, que me entraron ganas de vomitar.

¿Por qué los padres se sienten siempre con derecho a juzgar a sus hijos? ¿Acaso los hijos no son sino lo que los padres han hecho de ellos? ¿Acaso no son obra suya?

Mi madre arrancó y, sin mirarme siquiera. Me preguntó si no tenía nada que decirle. Yo le contesté que no había nada que decir, que todo estaba muy claro. Replicó que no tenía motivos para sentirme orgullosa, y yo la provoqué diciéndole que me sentía muy orgullosa de las experiencias que vivía. Me advirtió que iba a arruinar mi vida. Yo me eché a reír, un poco nerviosa, y le expliqué que, lejos de echar a perder mi vida, había encontrado a un hombre a quien quería, un hombre que me comprendía y me hacía feliz. Mi madre no pudo evitar decirme a gritos que eso era mentira, que él me obligaba a hacer todas esas guarradas, que tal vez me había vuelto homosexual y que acabaría por hacerlo con animales. Se avergonzaba de mí. Abrí la puerta y huí.

Sentí rencor hacia ella porque no había querido

entenderme, porque no quiso escuchar lo que yo tenía que decirle. Me había decepcionado y traicionado al adoptar la causa de mi padre, que no es otra que la de la hipocresía.

El descubrimiento de esas fotos pornográficas desencadenó un auténtico escándalo familiar. Todos se creyeron con derecho a sermonearme y a amenazarme —¡incluso de muerte!—, o a cubrirme de injurias.

Me habían repudiado, definitivamente, y desde entonces no he vuelto a tener noticias de mi familia.

Las semanas que siguieron a ese episodio fueron las más duras de toda mi vida. Caí en una profunda depresión de la que sólo Pierre, con el poder de su amor, pudo sacarme.

Ahora quiero a Pierre más que nunca y creo que el amor, sea cual fuere su naturaleza, puede convertirse en un salvavidas o, mejor aún, en una baliza a la que agarrarse.

Todavía ignoro si el amor de Pierre es tan profundo como el mío, pero cada vez soy más consciente de que amar es lo más importante que hay en el mundo. De ahí que haya hecho mía esta máxima que encontré en un libro: «Prefiero amar una vez que ser amada toda mi vida».